BOLSILIBROS BRUGUERA

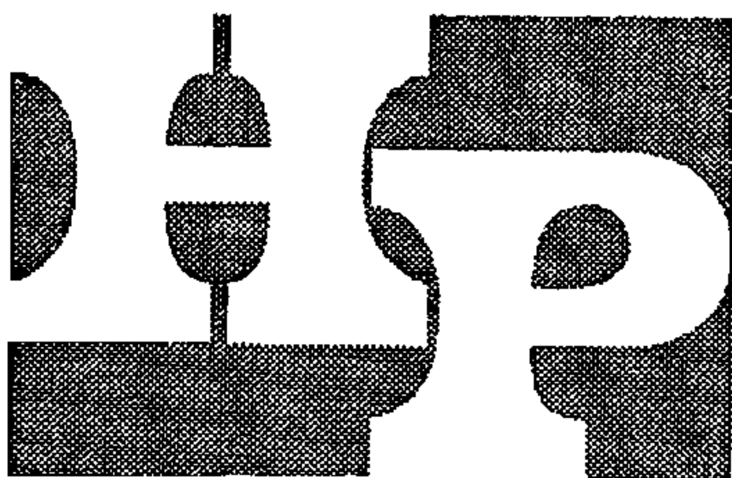
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Keith Luger

EL HIJO DE SATANAS







Héroes de la PRADERA



Keith Luger

EL HIJO DE SATANÁS

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 268
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Impreso en España -Printed in Spain

2ª edición: febrero, 1975

FRANCISCO BRUGUERA

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

El juez Francis Hayworth golpeó con el martillo en la mesa.

—¡Silencio o hago despejar la sala…!

La gente estaba invadiendo atropelladamente el local, porque unos segundos antes se había anunciado que el jurado ya había tomado una decisión.

Ahora los doce miembros que lo componían salían por una puerta para ocupar sus sillas.

La única persona que parecía impasible era el acusado, Monty Coleman.

Miraba a sus espaldas y, al descubrir a una girl, Belinda Moore, le guiñó un ojo.

Belinda le sonrió, haciéndole una caída de pestañas.

El abogado de Monty palmeó a éste en el brazo.

—¿Qué quiere, abogado? —preguntó Monty.

—Van a fallar.

—Oh, sí, pero eso no tiene ningún interés para mí.

—Es tu cuello el que está en juego, Monty.

—No se ponga trágico, abogado. A nadie van a colgar.

Monty Coleman acababa de cumplir los veintitrés años y era rubio, bien parecido, de ojos verdosos.

El juez volvió a hacer ruido con el martillo.

—¡Silencio he dicho!

No lo consiguió del todo, pero el público se fue acallando un poco.

—Señor presidente del jurado —dijo Su Señoría—. ¿Han llegado a un acuerdo…?

Kent McAllister, el almacenista, se levantó.

—Sí, señor juez…

—¿Encuentran al acusado inocente o culpable?

El señor McAllister hizo una mueca dramática, se mojó los labios con la lengua y, al fin, dijo:

—Inocente…

Instantáneamente las personas que estaban en las sillas se pusieron en pie aplaudiendo, vociferando, para mostrar su conformidad con el veredicto.

Un hombre grueso se adelantó hacia el acusado, estrechando en el camino las manos de los que se apresuraban a felicitarle.

—¡Monty, hijo mío…! —dijo al llegar ante el acusado.

Abrazó a Monty y éste se dejó abrazar con una sonrisa.

—¡Papá…!

Enseguida, Barton Coleman estrechó la mano de Michael Nelson, el abogado que había defendido a su hijo.

—Ha hecho un buen trabajo.

—Resultó bastante fácil…

Monty Coleman acentuó la sonrisa.

—Papá, no exageres… ¿Qué es lo que hizo el señor Nelson…? Todo se lo diste empaquetado.

—Cállate, hijo.

El marshall de Emporia, Burt Denning, pegó una palmada en la espalda de Barton Coleman.

—Te dije que tu hijo saldría libre.

Monty le miró a los ojos.

—¿Está satisfecho, marshall?

—Sí, mucho más que si te hubiésemos colgado.

Barton Coleman lanzó una risotada.

—Bueno, les invito a todos a un trago en el saloon de Castle.

Monty ya no hacía caso a los hombres que estaban a su alrededor. Se apartó del abogado y de su padre y se acercó a Belinda.

—Hola, criatura.

—Enhorabuena, Monty.

—¿Sabes que estás preciosa?

—Me puse el sombrerito que tú me compraste… ¿Te veré luego, Monty?

—Va a ser enseguida… Nos vamos al saloon de Castle, para celebrarlo. Anda, ve allí y ponte las medias caladas, las que a mí me

gustan.

—Sí, querido…

—Beberemos una botella de champaña.

—¿Con tanta gente?

—No, tonta, la beberemos más tarde, a solas, en tu hotel.

—Sí, querido… No tardes.

—Descuida, en un momento estaremos allí… Pero recuérdalo. Medias caladas.

Ella le ofreció una sonrisa cautivadora y se marchó con el público que estaba desalojando la sala.

Barton Coleman seguía recibiendo felicitaciones porque su hijo hubiese quedado en libertad.

—Esperad un rato, muchachos… Quiero hablar con el juez.

Su Señoría ya se había retirado.

Coleman entró en el despacho del juez Hayworth.

—Enhorabuena. Te portaste bien, Francis.

El Juez, de cincuenta años, grueso abdomen, arrugó la nariz.

—Te he hecho el favor más grande de tu vida.

—¿Por qué recuerdas eso?

—Porque me voy haciendo viejo.

—¿Y qué más?

Francis levantó la mano y apuntó con el dedo índice a Barton Coleman.

—Sabes que tu hijo merece la horca.

—¿Ahora sales con ésa?

—Mató a ese hombre.

—Todo el mundo sabe que lo mató, pero lo hizo en legítima defensa…

—No, Barton, no pasó así.

—Eh, oye, juez, no me gusta lo que estás diciendo… Se ha celebrado un juicio y en él se demostró que Spencer Power iba armado como mi hijo.

—Sí, es lo que se ha demostrado en el juicio, pero si crees que soy idiota, te equivocas… Compraste a dos testigos para que dijesen que Spencer iba armado.

Se produjo una pausa.

—Creo que no te das cuenta de lo que dices, Señoría —rezongó Barton Coleman.

—Lo sé.

—Muy bien, entonces, hablaremos claro.

Barton Coleman dio unos pasos por la habitación, se acercó a la ventana y miró a la calle.

—Este pueblo no sería nada sin mí… Confiésalo, Francis. ¿Qué es lo que sería Emporia sin Barton Coleman?

—Eres un poderoso ranchero, el más grande de esta comarca… Y admito que, gracias a ti, se ha creado riqueza en Emporia… Fábricas de piensos, de curados de pieles…

—No sigas. —Barton Coleman se volvió hacia el juez—. Soy dueño de cuatro industrias en esta ciudad, pero hay otras doce que dependen de mí…

—De acuerdo.

—Nunca he pedido nada a esta ciudad…

—Pero ahora le pediste la vida de tu hijo.

—Sí, juez, así fueron las cosas… Y voy a considerar que ahora estamos en paz…

—Eso va a depender de tu hijo.

—¿Qué quieres decir?

—Monty es malo.

—¡No digas eso!

—¿Por qué no lo reconoces, Barton…? Monty es un muchacho cruel… Ya ha hecho muchas cosas que superan lo que se podía soportar a otro hombre… Desde los quince años no ha dejado de hacer barbaridades… Puedo enumerarte muchas de las cosas que hizo. Le quemó los pies a un mexicano, simplemente porque se atrevió a mirar el caballo de tu hijo… En cierta ocasión, arrojó a tres girls por la ventana del hotel Belvedere… Una de ellas se rompió una pierna y otra sufrió fractura de tres costillas… He tenido que juzgar a tu hijo más de seis veces. Siempre lo he arreglado con multas o con encarcelamientos que tú le salvabas con dinero, pagando la cantidad correspondiente…

—¿Ya has terminado?

—No, todavía no.

—Pues acaba pronto —repuso Barton, lleno de furia.

—Tu hijo tiene que cambiar. Habla con él seriamente. Ha llegado el momento de hacerlo. Esta vez mató…

—No volverá a ocurrir.

—Claro que volverá a suceder… Antes arreglaba las cosas a puñetazos, pero ya ha echado mano del revólver… Cuando un hombre de su carácter empieza así, es muy difícil detenerlo…

—Monty es un auténtico hombre…

—No es eso lo que estamos hablando.

—Maldita sea, quiero decir que tiene la sangre revuelta… Es joven, acaba de despertar a la vida…

—Eso no justifica que haga ciertas cosas… Dices que es hombre, pero un hombre debe pensar lo que hace, especialmente Monty Coleman porque su padre es un tipo importante… Él está más obligado que los demás a respetar la ley.

—¿Quieres cerrar la boca?

—Te lo estoy diciendo por tu bien y por el bienestar de Emporia… ¿Qué pasaría si mañana tu hijo matase a otro hombre como lo hizo…? ¿Seguirías comprando testigos?

—¡Basta, Francis!

—Te he puesto un ejemplo.

—No tiene objeto.

—Creo que voy a dimitir.

—¿Tú dimitir…?

—Sí, lo voy a hacer por ti —cabeceó el juez—. No quiero volver a presidir un juicio en donde se juzgue a Monty por la muerte de un hombre…

—No lo tomes así, Francis…

Hubo un nuevo silencio.

Barton Coleman se inclinó sobre la mesa y palmeó en la espalda del juez. Sonrió.

—Juez, todo se arreglará… Hablaré con mi hijo… Y lo haré seriamente. Tienes mi palabra. ¿Está bien así?

El juez emitió un gruñido de asentimiento.

—Anda, ven con nosotros al saloon de Castle… Vamos a beber un trago.

—No, gracias.

—¿Es que rehúsas mi invitación?

—Tengo trabajo.

—Como tú quieras.

Barton se dirigió hacia la puerta, pero, en el camino, se detuvo.

—Juez… Mañana te venderé el trozo de terreno de que me

hablaste… Ya sabes, los cincuenta acres del río María… Será mejor que prepares el dinero.

—¿Cuál es el precio?

—El de siempre… Un dólar.

Barton le dirigió una sonrisa y enseguida salió del despacho.

Su hijo Monty le salió al encuentro.

—Papá, te estamos esperando… La gente se puso nerviosa. Ya empezaban a decir que quieres ahorrarte la invitación.

Barton titubeó unos instantes. Debía hablar con su hijo. Pero aquél no era el momento. Tenía que dejarlo para luego.

—¡Vamos, muchachos…! ¡Todos al saloon de Castle!

Se lanzaron hurras mientras el numeroso grupo se dirigía hacia la calle.

CAPÍTULO II

El saloon de Castle estaba atestado de público.

El motivo era obvio.

Se bebía gratis, porque Barton Coleman corría con el gasto.

El marshall Burt Denning ya estaba casi borracho. Se subió a una mesa, y con el vaso en la mano, gritó:

—¡Brindo por el señor Coleman…! ¡Y porque su hijo sea tan generoso como él…!

Los que tenían *whisky* en el vaso bebieron con el marshall.

Monty Coleman estaba con Belinda Moore en una mesa, pero no los dejaban solos.

Belinda se había puesto las medias caladas y su vestido de más generoso escote.

—Querido, ¿cuándo nos vamos al hotel? —preguntó a Monty.

—Espera un momento.

—Creí que estarías impaciente por estar conmigo a solas.

—Claro que lo estoy. Pero ¿es que no te das cuenta que están celebrando mi absolución…?

—Ellos pueden seguir aquí y nosotros dos podremos celebrarlo de mejor manera —los ojos de la joven brillaron intensamente.

Monty se inclinó sobre ella y la besó en la comisura de los labios.

—Nena, eres un portento para engatusar a un hombre.

—¿Te tengo engatusado a ti?

—Hasta la raíz del cabello, preciosa.

El marshall Denning se inclinó sobre ellos.

—Eh, Monty… Un dólar a que atravieso un naipe más veces que tú con el revólver.

—Trato hecho. Pero ¿qué apostamos?

—Un beso de Belinda —gritó el marshall.

Monty soltó una carcajada.

—Está bien, marshall. Un beso de Belinda contra cinco dólares.

El marshall se puso serio. Trató de sopesar la postura.

—Acepto… Un naipe, muchachos.

Alguien le dio lo pedido.

—Tira tú primero, Monty.

—Listo.

El marshall arrojó la carta al aire.

Monty sacó y se puso a hacer fuego contra el naipe que veía en el suelo.

Ante los disparos, el público fue guardando silencio. Pero luego, al darse cuenta de lo que se trataba, muchos se echaron a reír y lanzaron hurras por la puntería de Coleman.

El marshall tomó el naipe del suelo.

Estaba agujereado tres veces.

—Es mi turno, Monty.

El hijo de Barton Coleman tomó una nueva carta que le alargó Belinda.

Barton llegó desde el mostrador y puso una mano en el hombro de su hijo.

—¿Qué estás haciendo, Monty?

—Ya lo ves. Ventilamos un desafío entre el marshall y yo.

—No es momento para apuestas.

—¿Qué te pasa, padre? Es un juego inofensivo y fue al marshall a quien se le ocurrió.

En aquel momento se acercó a los Coleman un peón de su rancho.

Se llamaba Fred Odets.

—Eh, señor Coleman. Mire quién entra…

Padre e hijo miraron hacia la puerta.

Había un hombre detenido en el umbral.

Era Joshua Power, el padre de Spencer Power, a quien Monty había matado.

Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, de bigote y cabellos blancos.

Había desparramado la mirada por el local y, al descubrir a los Coleman, se puso en movimiento.

Monty todavía tenía el revólver en la mano.

Power se detuvo ante ellos.

—Ya veo que lo están celebrando…

Padre e hijo guardaron silencio.

Joshua Power miró al marshall y luego otra vez a Barton Coleman.

—La ley y el dinero juntos. ¿Cuánto le costó toda la operación, señor Coleman?

—Yo en su lugar no diría esto —contestó Barton.

—Compró al marshall, a los testigos, al juez, a los jurados, compró a todo el mundo… Debe estar satisfecho porque usted lo compra todo…

—No sabe lo que dice, señor Power…

—Claro que lo sé, Coleman… Usted pudo hacer todo eso porque en este pueblo es el amo. Todos, desde el marshall hasta el juez, le obedecen… Por eso su hijo pudo quedar libre después de asesinar a mi hijo.

—No lo asesinó.

—¿No? ¿Cómo lo llamaría usted?

—No importa como yo lo llame… Fue el jurado quien decidió.

—Oh, sí, el jurado… Doce hombres justos… Y ellos dijeron que su hijo Monty mató a mi hijo Spencer en legítima defensa.

—Así fue.

—No, señor Coleman, no fue así… Mi hijo no llevaba revólver cuando Monty lo mató… El arma se la pusieron después… Ese cinturón que tenía mi hijo alrededor de su cintura nunca había sido suyo… Monty asesinó a Spencer…

—Disculpe, señor Power, pero no quiero hablar de esto.

—No quiere porque no le conviene…

—Oiga, señor Power, lo de Monty y Spencer fue un caso de mala suerte para su hijo. Lo mismo podía haber muerto Monty.

—Eso es mentira. Spencer no hubiese podido matar a su hijo, porque nunca usaba armas. Todo el mundo lo sabe… Ese juicio ha sido una farsa…

—Dos testigos vieron a su hijo con revólver.

—No, dos testigos, no. Dos hombres que usted contrató para que dijesen lo que a Monty le convenía.

Monty intervino en aquel momento.

—¡Ya basta, señor Power…! ¡Está agotando mi paciencia!

—Anda, Monty… —dijo Joshua con los dientes apretados—. Tienes el revólver en la mano. No necesitas sacarlo. Mátame a mí también…

—No me rete…

—Yo tampoco llevo armas, pero eso a ti no te importa…

—¡Maldita sea, cierre el pico ya…!

—¡Asesino…!

Monty levantó el revólver para disparar.

Su padre lo atrapó por la mano.

—Suéltame, padre.

—¡No seas loco, Monty…! ¡Tira ese revólver!

Los hombres que estaban detrás de Joshua Power se abrieron en abanico y algunos, demasiado borrachos, saltaron por encima del mostrador para no encontrarse con una bala perdida.

—¿Qué hace ahí, marshall? —gritó Barton—. ¡Ayúdeme a desarmar a mi hijo!

El marshall dejó el vaso en la mesa y atrapó el brazo armado de Monty.

—¡Cálmate, Monty! —gritó Barton.

El marshall logró quitar el revólver a Monty. Entonces, soltaron a éste.

Barton Coleman se enfrentó con Joshua Power.

—Se ha expuesto a morir.

—No me importa que me manden al cementerio… Spencer era mi único hijo, Era todo lo que tenía.

—Señor Power, me hice cargo de su tragedia y mantengo mi oferta.

—Oh, sí, ya lo recuerdo. Mandó a su capataz con quinientos dólares… Su conciencia le remordía.

—No confunda las cosas. No me remordía la conciencia. Soy un hombre generoso. Todo el mundo lo sabe, y yo pensé que usted necesitaba dinero.

—Sólo quería a mi hijo…

—Yo no podía devolverle la vida.

—Sí, señor Coleman… Usted puede hacer muchas cosas, pero no puede devolver la vida a nadie…

—Le enviaré mañana los quinientos dólares…

—¿Cree de verdad que ya podría aceptarle a usted un solo centavo…? Si lo hiciese, me colgaría de una viga de mi cabaña… Guárdese su dinero para seguir comprando al que se venda, señor Coleman.

Dicho esto, Joshua Power dio media vuelta y salió a la calle.

Se había hecho un silencio de muerte.

Ahora el marshall gritó:

—¡Eh, muchachos!, ¿qué les pasa? ¡Continúen celebrando la fiesta…!

Enseguida se oyeron gritos, risas y otra vez se llenaron los vasos.

Monty tomó su revólver y lo metió en la funda.

Se volvió hacia Belinda.

—Vámonos, chica.

—¿Dónde vas, Monty? —preguntó Barton Coleman.

—A que me de un poco el aire… Lo necesito.

—Espera, quiero hablar contigo.

—Papá, sermones no.

—No me contestes así o te rompo la cara.

Monty asintió con la cabeza.

—Está bien, habla.

—Aquí no.

—¿Dónde?

—En un reservado.

—Papá, no querrás que hagamos una partida de póquer tú y yo.

—Basta de bromas… Ven conmigo.

—Como tú quieras, padre —dijo Monty, dando un suspiro. Señaló a Belinda con el dedo—. Pequeña, espérame… No creo que tarde mucho… En cuanto regrese, tú y yo nos iremos.

—Sí, Monty.

Cuando padre e hijo se encontraron en el reservado, el primero dijo:

—Esto no puede seguir así, Monty.

—¿A qué te refieres?

—Tú lo sabes muy bien, a tu forma de ser…

—¿Qué te pasa, padre…? Todo salió bien. ¿Por qué te preocupas? Me absolvieron…

—Tú sabes por qué te absolvieron.

—¿Vas a repetir lo que dijo el viejo Power?

—No, no hará falta.
—Gracias, eres muy amable.
—Déjate de ironías.
Monty caminó hacia una silla y se dejó caer en ella. Ladeó la cabeza mirando a su padre.
—Está bien, desembucha, ¿de qué se trata…?
—Has sido un niño mimado, Monty… Tu madre te cosió a sus faldas… Había estado esperando una niña…
—Padre, eso que dices me desagrada. No pensarás que soy una damisela…
—No, no pienso eso. Lo has demostrado bien… Maldita sea, me refiero a que estoy tratando de buscar una razón para que seas así…
—Padre, tú fuiste un hombre duro.
—Era preciso que lo fuese.
—También es necesario que lo sea yo… Me he repetido un millar de veces que algún día seré el dueño de tu rancho y, para mandar sobre medio centenar de hombres, se necesita mucho carácter…
—Sí, en eso tienes razón. Es necesario mucho carácter, pero no se pueden hacer cosas irrazonables… Tu madre murió cuando tenías nueve años. Desde entonces, yo me cuidé de ti… Quise que aprendieses rápido todo lo que un hombre necesita para ser algo importante en la vida…
—Puedes estar satisfecho de tu alumno. A los doce años manejaba el revólver… Y a los quince dijiste que no había mejor peón en el rancho que yo…
—Sí, es cierto. Aprendiste rápido… Eres listo, Monty, pero al lado de tus buenas cualidades, crecieron otras que no fueron de mi agrado… Recuerdo aquel día en que te descubrí sacándole los ojos a los pajaritos que habías encontrado en un nido.
Monty se miró la punta de las botas.
—Sentí curiosidad por saber si los padres vendrían en su auxilio.
—Fue un acto de crueldad.
—Me castigaste metiéndome en un cuarto oscuro. Lo recuerdo bien.
—¿Sirvió de algo?
—Eso tú lo debes saber.
—Está bien, Monty, yo te lo diré… No sirvió de nada… Nunca

has tenido aprecio por los animales.

—Quiero mucho a mi caballo.

—A tu caballo, pero no a los de los demás.

Monty se levantó.

—Muy bien, padre, si quieres que ame a todos los caballos del mundo, repartiré mi corazón entre, ellos.

—¡Monty, no quiero oírte hablar así!

—¿Qué quieres que te diga…? ¿Acaso pretendes arrancarme la promesa de que esta noche dormiré en el establo?

—¡Quiero que cambies…! ¡Eso es lo que quiero…! Llegó un momento en que tu crueldad hacia los animales la extendiste a los seres humanos.

Monty inspiró profundamente y cerró los ojos. En esa posición dijo:

—¡Padre, termina de una vez!

—Te vas a alejar una temporada de mí.

—¿Qué dices?

—Quizá sea eso lo que te haga falta.

—No te entiendo, padre… Explícame eso… ¿Quieres echarme de tu casa?

—No voy a echarte de mi casa… No se trata de eso. Sólo quiero que hagas un viaje. Que estés unos meses por esos mundos… Siempre has tenido mi protección. Cuando te has metido en un apuro, yo te he sacado de él… He pensado mucho en ello… Al fin me he dicho que si no has aprendido aquí, aprenderás si te las arreglas a solas.

—No está mal.

—¿Te gusta la idea?

—Dependerá de lo que me divierta por ahí.

—¡No vas a ir a divertirte a ninguna parte…! No voy a darte dinero… Bueno, sólo te llevarás lo imprescindible para mantenerte durante una semana… Después, tendrás que trabajar.

Monty se echó a reír sacudiendo la cabeza.

—Padre, eres genial.

—Quiero que te bastes a ti mismo… Es lo único que pretendo con esta experiencia.

Monty se rascó una patilla.

—¿Sabes que cada vez me gusta más la idea…? Hasta podría

escribir un libro. Ya tengo el título: Las aventuras de Monty Coleman…

Barton se acercó a su hijo y le puso una mano en el hombro.

—Monty, debes tomártelo en serio.

—Claro que sí, padre.

—Sólo deseo que desaparezca en ti esa inclinación hacia el mal.

—Papá, por favor, ahora no quiero que me endulces la despedida.

—No hace falta que te vayas ahora mismo… Te irás mañana.

—¿Qué más da hoy que mañana?

Barton Coleman se quedó pensativo.

—Como tú quieras. Pero, dime ¿adónde irás?

—Lo echaré a suertes. Saldré del pueblo y tiraré una ramita al aire. Donde apunte iré yo. Imagino que no querrás que te escriba…

—No hace falta, Monty. Volverás aquí dentro de tres o cuatro meses.

—Dejémoslo en seis.

—De acuerdo. Pero quiero que me hagas una promesa, Monty.

—¿Qué clase de promesa?

—Te comportarás bien.

—Claro que sí. Pienso ser un hijo modelo…

—Recuerda que lo hago por tu futuro.

—Oh, sí, desde luego.

—Anda, vente conmigo al rancho y recoge lo que precises.

—No hace falta. Ya te he dicho que saldré de la ciudad hoy mismo.

Barton sacó un fajo de billetes.

—Aquí tienes veinticinco dólares.

—¿No crees que son demasiado para un hombre que se tiene que ganar la vida?

—Haremos un poco de trampa —dijo Coleman y le metió los billetes en el bolsillo superior de la chaqueta.

—Admitida la trampa —sonrió Monty.

Barton Coleman abrazó a su hijo.

—Monty, pensaré mucho en ti.

—Yo también te recordaré, padre.

Monty abandonó el reservado.

Sonriente, se acercó a donde estaba Belinda, la cual le salió al

encuentro.

—¿Ya terminaste con tu padre?

—Sí, hija, ya acabó el sermón.

—¿Entonces, nos vamos?

—Desde luego, preciosa.

—Tengo la botella de champaña en mi cuarto.

Monty le rodeó la cintura con su brazo.

—Ya es hora de que esos estúpidos nos dejen en paz.

Se fueron al hotel Belvedere en donde Belinda tenía su habitación.

Monty Coleman pasó la noche con la muchacha.

Despertó cuando se estaba haciendo de día.

Belinda dormía a su lado.

Se vistió sin hacer ruido, besó a Belinda en la nariz y abandonó el hotel.

Poco después salía del pueblo.

Ya en las afueras, hizo lo que le había anunciado a su padre.

Tomó una ramita y la arrojó al aire.

La rama cayó apuntando al Este.

Entonces, palmeó a su caballo y dijo:

—Adelante, muchacho, y recuérdalo, vamos a empezar las aventuras de Monty Coleman.

Al galope, se dirigió hacia el Este.

CAPÍTULO III

Henry Arness estaba leyendo la Biblia y su esposa lo escuchaba.

> «Y respondió Job a Jehová y dijo: Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda a ti».

—Henry, ¿has oído eso?

—¿Qué cosa?

—Me pareció oír ruido en el porche… Como de pasos.

—Debe ser el viento…

—Sí, es posible.

Henry prestó atención otra vez al libro y siguió leyendo:

> «¿Quién es el que oscurece el consejo sin ciencia…?»

Llamaron a la puerta y Henry Arness interrumpió otra vez la lectura.

—No era el viento —dijo su esposa.

Henry dejó el libro sobre la mesa y atrapó el rifle de la pared.

Se acercó a la puerta, a la que apuntó con el rifle.

—¿Quién es?

—Un viajero —le contestaron desde fuera.

—¿Qué desea?

—Me perdí en el camino… Necesito comida… Le pagaré.

Henry miró a su mujer y ésta hizo un gesto afirmativo con la

cabeza.

Entonces, Henry alargó la mano y despasó el cerrojo.

Abrió la puerta.

En el porche había un hombre joven, rubio, de unos veintitrés o veinticuatro años.

—Buenas noches… Perdonen que les moleste. Soy un forastero en esta comarca.

—¿Adónde iba?

—A Jefferson City.

—Está en el buen camino… Sólo debe dirigirse hacia el oeste… Jefferson City está a unas sesenta millas de aquí.

El rubio se frotó las manos.

—Bueno, agradezco su información. Podré llegar a Jefferson City en el tiempo que había previsto… Me cogió una ventisca cuando pasaba las montañas y estoy helado.

—Puede pasar.

—Gracias, pero antes dejaré el caballo en el establo —hizo un saludo y se marchó.

Al cabo de un rato el rubio entró en la casa.

—Es Hilda, mi esposa —dijo Henry, señalando a su mujer.

—Celebro conocerla…

Ella se levantó de la silla y dijo:

—Le prepararé una sopa caliente.

—Caramba, es justo lo que necesito. Mi estómago está tan helado que parece un trozo de hielo.

Henry ya había cerrado la puerta y ahora se dirigió a la chimenea y dejó el rifle en el lugar de donde lo había tomado.

—¿Cuál es su nombre?

—Oh, perdone, no lo dije… Soy Monty Coleman.

—Soy Henry Arness —dijo el dueño de la casa tendiendo su mano.

El rubio cambió un apretón con él.

Henry volvió a ocupar la silla.

Monty Coleman puso las manos sobre las llamas hasta que se calentó.

Luego, volviéndose, vio el libro que había sobre la mesa.

—¿La Biblia?

—Sí.

—Resulta divertida…

—Sí, hay historias de todas clases… Son muy ejemplares.

—Seguro.

—¿A qué se dedica, señor Coleman?

—A lo que sale… Corren tiempos malos para elegir una profesión.

—Sí. Es cierto.

Monty se sentó en una silla.

—Puede seguir leyendo la Biblia, si gusta…

—No. Ya terminé. Leemos un párrafo todos los días. Quiero decir que, cuando no soy yo, es mi mujer quien lo lee.

—¿Tienen hijos?

—No, Hilda y yo sólo llevamos nueve meses casados.

—Imagino que se dedica a cultivar la tierra.

—Sí, también tengo unos cuantos animales.

—¿Gana con eso dinero?

—Hasta ahora tengo que reinvertir todo lo que saco con la venta de mis mercancías… Pero es una tierra buena… Hilda y yo tenemos confianza en que, dentro de muy poco tiempo, podremos mirar el futuro con más optimismo…

Hilda salió de la cocina trayendo un plato humeante.

Monty la miró atentamente.

Era una preciosa mujer.

No debía tener más de veinticinco años, un fruto en sazón.

Su cabello era muy negro, lo mismo que sus ojos, y su piel blanca, como de nácar… Poseía un busto desarrollado, una cintura estrecha y largas piernas.

Apostó consigo mismo a que sus piernas eran perfectas, de muslo redondo.

Henry Arness abrió un cajón de la mesa y sacó un cubierto y la servilleta.

—¿Cenaron ya ustedes? —preguntó Monty.

—Sí, desde luego… Lo hacemos muy temprano. Aquí anochece enseguida.

Monty se puso a comer la sopa.

Hizo chascar la lengua.

—Tiene usted unas lindas manos, señora Arness… Nunca probé una sopa tan estupenda.

—Gracias. Le prepararé un trozo de carne.

—No quiero que se moleste.

—No es molestia.

Monty miró a los ojos de la joven.

Demonios, no había visto unos ojos tan hermosos en todos los días de su vida.

La señora Arness se retiró a la cocina.

Esta vez Monty la siguió con la mirada.

Le gustaron sus caderas.

Henry Arness dijo:

—Yo podría darle trabajo.

—¿Eh…?

—He de labrar un trozo de tierra… Entre usted y yo podremos hacerlo en un par de días… Le pagaría tres dólares por todo el trabajo, más la comida, la cama y el alimento de su caballo.

De buena gana Monty se hubiera reído.

Tres dólares. Una auténtica porquería. Con gusto le hubiese contestado a Arness que era un pobre desgraciado, pero pensó en la mujer de Arness, en la mujer morena, de ojos profundos y negros.

—Estoy de acuerdo, señor Arness.

—Debo aclararle que aquí sólo se paga un dólar por día de trabajo.

—Lo cual quiere decir que es usted un tipo muy generoso.

—Sólo quiero compensarlo por el tiempo que pierda.

—No se preocupe, Jefferson City estará en el mismo sitio cuando yo llegue.

La hermosa señora Arness vino de la cocina con la carne.

Monty tomó el plato y sus dedos rozaron su mano.

Sintió cómo ella se estremecía y eso le resultó muy divertido.

—¿Están solos? Me refiero si hay vecinos.

Henry Arness respondió:

—Los más próximos vecinos están a quince millas de aquí. Son los Smith. Lo mismo que nosotros, se dedican al cultivo de la tierra… Hilda, le he propuesto al señor Coleman que se quede unos días. Ya sabes, para roturar las tierras del este. Está de acuerdo. De modo que tendrás que seguir cocinando para él.

—Desde luego.

Monty levantó los ojos y miró la bella cara de la señora Arness.

Ella era una real hembra y el señor Arness sólo un estúpido labriego.

—¿Dónde dormiré?

—Aquí mismo —contestó Henry—. Hay una habitación libre…

A Monty le hubiese gustado que fuese ella quien hubiese respondido a su pregunta.

Probó la carne y dijo:

—Señora Arness, me rindo ante usted.

La joven se había sentado en una silla, al lado de su marido y enarcó las cejas.

Entonces, Monty aclaró:

—Me rindo ante sus virtudes culinarias… Palabra que no he conocido a ninguna mujer haciendo cosas tan estupendas.

—Es usted muy amable —repuso ella.

—Justicia que le hago.

Terminada su cena, Monty se palmeó el pecho satisfecho.

Luego sacó una bolsa de tabaco.

—¿Fuma, señor Arness?

—No, gracias.

Mientras liaba un cigarrillo, el señor Arness le dijo:

—No tengo *whisky*. Aquí no bebemos.

Monty miró la Biblia, mientras decía:

—Me hago cargo… Si me dice cuál es mi habitación, me retiraré… Estoy cansado.

Hubiese querido que ella lo acompañase, pero Henry fue quien se levantó.

—Venga conmigo.

Poco después, Monty se encontraba en su habitación, tendido en la cama. Sólo pensaba en Hilda, la hermosa mujer de Henry Arness. Aquella mujer lo había trastornado.

Hasta ahora, siempre se había relacionado con mujeres de saloon, pero de buena gana hubiese cambiado a todas ellas por la hermosa señora Arness.

CAPÍTULO IV

El trabajo era duro.

A Monty Coleman le habían salido ampollas en las manos.

Maldecía constantemente a Henry Arness.

El sol caía despiadadamente sobre la tierra.

Monty sudaba a raudales.

Pero se había comprometido a hacer aquel trabajo.

Naturalmente, él no había aceptado por los tres dólares.

Era media tarde y de pronto oyó la voz de la señora Arness a su espalda.

—¿Tiene sed, señor Coleman?

Volvió la cabeza y vio a la señora Arness con una cantimplora en la mano.

La miró de pies a cabeza y dijo:

—Sí, tengo sed.

Naturalmente, no se refería al agua, sino a ella, que se mantenía lozana y fresca a pesar del calor.

—Aquí tiene —dijo ella, alargándole la cantimplora.

Él le atrapó la mano.

Ella se quedó perpleja.

—Beba, señor Coleman, tengo que llevar la cantimplora a mi marido.

Dio un tirón suave y se desasió de él.

Monty sonrió mientras quitaba el tapón a la cantimplora.

—¿No se aburre aquí, señora Arness?

—No.

—Está mintiendo… No disimule conmigo.

—No sé lo que quiere decir.

—Aquí se aburre usted mortalmente… Siempre viendo el mismo

paisaje… Esas colinas peladas, esas rocas del fondo… Y sobre todo, viendo la misma cara de un hombre.

Ella respiró profundamente y fue un buen espectáculo para Monty, porque su pecho pareció hincharse.

—Me gustan las colinas, el paisaje, las rocas, y, sobre todo, me agrada la cara que veo todos los días, la de mi esposo…

—Él no la oye, señora Arness… ¿Vio de verdad la cara que tiene él? Es un tipo bastante feo…

En los ojos de Hilda relampagueó la furia.

—Sería mejor que se fuese, señor Coleman.

—¿Usted desea eso?

—Sí, lo quiero desde ahora.

—¿Por qué?

—Le voy a responder, señor Coleman. No quiero que nadie se interponga entre mi marido y yo.

Monty bebió un trago de la cantimplora.

El agua le resbaló por el pecho desnudo.

Cerró la cantimplora y la alargó a Hilda.

Cuando ella fue a tomarla, la sujetó otra vez por las muñecas.

—Suélteme, señor Coleman.

Él no la soltó.

Le acarició la piel con los dedos.

Como la noche anterior, Monty notó que ella se estremecía.

—Le gusta mi caricia, Hilda.

—Maldito sea…

—Le agrada, no lo niegue.

—Váyase de una vez, señor Coleman.

—Me ha dicho que me vaya, pero no que la suelte.

—Ya se lo dije antes…

—Henry no sabe cómo tratar a una mujer como usted —hizo una pausa—. Yo sí lo sé.

—Es usted un malvado.

—¿Qué culpa tengo si no la conocí antes?

—¡Cállese!

—No, no me puedo callar. La he visto cuando ya estaba casada con ese idiota. Si usted y yo nos hubiésemos conocido antes, las cosas habrían pasado de distinta forma.

—Por favor, déjeme.

Él tiró de las muñecas de ella.

Buscó con su boca los labios jugosos de la señora Arness.

La besó apasionadamente, sujetándola por la espalda.

Ella echó la cabeza atrás y respiró entrecortadamente.

—Henry nos puede ver…

—Te espero esta noche en el establo… Después de la cena… Saldré a fumar un cigarrillo.

—Está loco.

—Recuérdalo… Te espero… Saldré por la puerta trasera.

—No sabe lo que dice.

—Oí decir a tu esposo que esta noche irá a regar los campos del norte… Me dijo que estaba a dos millas… Tendremos tiempo.

—Es usted un miserable gusano.

—Sólo soy un hombre que se muere por acariciarte, por tenerte entre sus brazos… ¿Qué culpa tengo yo de eso?

—¡No quiero escucharle!

—Tú también lo estás deseando.

Ella lo empujó fuertemente del pecho lanzándolo lejos de sí.

Monty le sonrió.

—No faltarás porque lo deseas lo mismo que yo…

—¡No me tendrá nunca! —dijo ella y, recogiendo la cantimplora que había caído en el suelo, se alejó rápidamente.

Monty la siguió con la mirada, sonriendo.

CAPÍTULO V

Monty Coleman estaba en el establo fumando un cigarrillo.

El viento helado se colaba por los intersticios.

Aquella misma tarde, Henry Arness le había dicho que tendrían que arreglar aquellos huecos.

¡Que se fuese al infierno Henry Arness con todos sus arreglos! A él le importaba un rábano el establo, la casa y la tierra que araba.

Se miró las manos lastimadas.

De pronto, oyó una voz, la de su patrón.

—Volveré en un par de horas, Hilda.

Ya se iba aquel tipo suertudo que tenía como esposa la mujer más atractiva del mundo.

Oyó que la puerta de la casa se cerraba.

Los minutos se fueron desgranando.

¿Por qué no venía ella? ¿Por qué perdía el tiempo?

Aplastó el cigarrillo contra el tacón de la bota.

Había sido un iluso. No; ella no vendría nunca. ¿No se lo había dicho? No quería saber nada de él.

Había hecho el peor negocio quedándose en aquella cabaña. Al fin y al cabo, el mundo estaba lleno de mujeres…

Bueno, al día siguiente, en cuanto amaneciese, se largaría de allí.

Tendría que olvidar a Hilda y decidió que eso no sería difícil. Sólo tardaría unos cuantos días, o quizá una semana.

Se tendió y bostezó.

Se irguió llevando la mano al revólver, pero quedó quieto.

Era ella. Sí, Hilda estaba allí, en la puerta.

Él se levantó poco a poco.

Vio la cara de ella muy pálida y se dijo que Hilda estaba

insegura de sí misma y que en cualquier momento se podía arrepentir de haber ido allí.

De pronto:

—Acércate, Hilda.

Sin embargo, ella no se movió.

Entonces él echó a andar hacia la joven.

Hilda abrió la puerta para marcharse, pero él se le echó encima y pegó en la puerta con la palma de la mano para cerrarla.

Dio un grito porque se hizo daño.

Ella se había detenido de espaldas a él y volvió la cara.

—¿Qué te pasa?

—Estoy herido. Ese maldito arado de tu marido me hizo sangrar.

—A ver.

—No tiene importancia —dijo Monty, pero le enseñó las manos.

—¿Por qué no lo dijiste? Tengo que curarte.

—No está mal. Es una buena idea —dijo y la besó en la boca.

Ella echó la cabeza atrás.

—Te he dicho que tengo que curarte.

—Ya lo estás haciendo —dijo él y la volvió a besar en los labios entreabiertos.

Los brazos de Hilda se enroscaron en su cuello y se apretó contra él.

Monty se estaba lavando la cara. Eran las siete de la mañana.

Henry Ames llegó a su lado.

—Hilda me dijo que tienes las manos estropeadas. —Sólo un poco.

—A verlas.

Monty se las mostró.

—No puedes seguir arando.

—Lo intentaré.

—No, Monty.

—Quedamos en que sólo me quedaría tres días. No le admitiré el sueldo si no trabajo.

—Se puede arreglar si te quedas algún tiempo más…

Monty sonrió para sus adentros. Eso era lo que él deseaba. Quedarse unos días más. Hilda era maravillosa. Nunca había podido imaginar que una mujer fuese tan apasionada.

—Está bien, señor Arness, quizá me pueda quedar algo más.

Pongamos diez o doce días.

—Creo que estarás en condiciones de trabajar mañana mismo.

—Sí.

Henry se fue hacia el campo que debía arar. Estaba muy lejos de la casa, a unas dos millas.

Monty se cubrió con la camisa y se encaminó hacia la casa por la puerta trasera, la que daba a la cocina.

Entró despacio y atrapó a Hilda por la espalda que estaba trabajando en el fogón. Ella dio un gritito y, al volverse, Monty le selló los labios con los suyos.

Ella se apartó sofocada.

—Estás loco. ¿Cómo te atreves a besarme aquí?

—Henry se marchó al campo. Nos ha dejado solos. ¿Lo entiendes, nena…? Solos.

Ella llevó aire a sus pulmones.

—¿Estás seguro?

—Claro que lo estoy —dijo él y la volvió a abrazar.

A partir de entonces, ella fue todo lo apasionada que él sabía.

De pronto, oyeron una voz ronca.

—Maldito, ¿qué haces?

Hilda se soltó de Monty asustada.

Trató de arreglarse el cabello, el vestido…

Henry estaba en el hueco de la puerta. Sus ojos asombrados miraban a Coleman.

—Eres un perro, Monty.

—Cuidado, señor Arness, no le permito a nadie que me insulte.

—¿Tú no lo consientes…? ¿Tú, maldito gusano…? Ibas a violentar a mi mujer.

—No diga tonterías. ¿Es que no tiene ojos en la cara? Yo la besaba y ella me besaba a mí.

—¡Mentira!

—¿Acaso no vio cómo ella me abrazaba? Hilda sabe establecer diferencia entre los hombres… Usted es un pelagatos, un desgraciado labriego. Aún no comprendo cómo se pudo llevar una mujer de la clase de Hilda.

Henry pestañeó perplejo y miró a su mujer.

—Hilda, ¿es cierto eso?

Ella bajó la mirada al suelo.

Henry Arness dio un grito y atrapó el cuchillo que había sobre la mesa.

Se lanzó sobre Monty para hundirle la hoja de acero en el pecho.

El rubio lo evitó saltando a un lado y atrapándolo por la muñeca.

Los dos forcejearon y cayeron al suelo.

De pronto, Arnés lanzó un aullido.

Monty quedó inmóvil sobre el cuerpo del granjero. Luego, se levantó poco a poco. Henry estaba con los ojos abiertos. Tenía clavado el cuchillo en el estómago.

Hilda lanzó un chillido de horror.

—¡Henry! —gritó—. ¡Henry…!

Monty ya se había levantado y la tomó por los brazos.

—No puedes hacer nada por él.

Ella lo miró asombrada.

—¿Está muerto…?

—Sí.

—Oh, no, eso puede ser…

—No lo maté yo… Ya lo viste… Quería clavarme el cuchillo… Los dos caímos y él fue quien se clavó la hoja…

Hilda escondió el rostro entre las manos mientras sollozaba.

Monty se agachó sobre Henry y le cerró los ojos. Se frotó el cogote.

—Maldita sea, ¿por qué tienen que ocurrir estas cosas?

Hilda se volvió hacia él, los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué no te estuviste quieto, por qué?

—Porque eres muy hermosa.

—Debiste dejarme en par.

—Te dije que vinieses conmigo y tú accediste. Los dos fuimos felices. No tienes nada que recriminarme.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Sí, tienes razón… Yo tuve la culpa… Yo soy la única culpable.

Apoyó la cabeza en la pared y siguió llorando.

—¿Dónde tienes un pico y una pala?

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser? No querrás que lo deje aquí en la cocina.

—Cerca del pozo… en el gallinero. Allí encontrarás las herramientas.

Monty cargó el cadáver sobre su hombro. Antes de salir de la cocina dijo:

—¿Quieres algo especial en la cruz?

—¡Vete al infierno!

—Está bien, nena, como tú quieras…

Monty enterró a Henry Arness en lo alto de la colina. Tras titubear un instante, puso sobre la tumba una sencilla cruz. Luego, regresó a la casa.

En la cocina no estaba Hilda. La vio sentada en el comedor balanceándose en la mecedora, muy seria.

—Ya quedó listo.

Ella no dijo nada.

—¿Lo oíste? Lo enterré. Por si quieres ponerle flores, está en lo alto de la colina.

Ella tampoco contestó.

Monty sacó el tabaco y el papel de fumar. Lió un cigarrillo y lo encendió con la rama que tomó de la chimenea.

Entonces oyó la voz de Hilda.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no te vas?

—¿A qué viene eso?

—Quiero que te marches.

—Me iré, pero tú vendrás conmigo.

—No, yo me quedo.

—¿Te vas a quedar aquí, en esta casa, sola? No estás bien de la cabeza. La muerte de Henry te debe haber trastornado.

—No, todo lo contrario.

—Oye, Hilda, no puedes quedarte aquí sola, tan lejos de donde viven otras personas. Cualquier día pasará un hombre y… es mejor que terminemos de discutir y que nos larguemos.

—¿Qué pasaría si fuese contigo…?

—Viviremos juntos:

—¿Cuánto tiempo?

—¿Por qué tienes que hacer esas preguntas ahora?

—Te he dicho antes que la muerte de Henry me ha abierto los ojos.

—Oye, baja de la nube… Lo que hicimos fue cosa de los dos. No te hagas ahora la santa.

—Tienes razón, pero ya terminó todo.

Monty arrojó el cigarrillo contra el hogar y echó a andar hacia ella. Se inclinó para besarla en la boca.

Hilda le puso una mano en el cuello.

—Estate quieto.

Él la miró a los profundos ojos negros.

—Nena, aprendí una cosa. Que hay que sacar todo el jugo a la vida… Tú y yo somos jóvenes y fuertes… Podemos ser muy felices, pero no me preguntes por cuánto tiempo. Lo importante es que ahora los dos nos necesitamos.

—No, Monty.

Coleman le pasó los dedos por la mejilla, por el cuello. Luego subió y le tomó el lóbulo de la oreja. Se seguían mirando fijamente y, de pronto, él se agachó sobre ella y la besó en los labios. Hilda trató de apartarlo, pero Monty la sujetaba fuertemente por los brazos.

De pronto, la joven le soltó un zarpazo en la cara con la mano y luego se miró la palma manchada de sangre.

—Gata maldita, te voy a cortar las uñas…

Ella saltó de la mecedora.

—¡No te acerques más…! No quiero que me toques con tus manos…

—Estás loca, ¿lo oyes…? ¡Estás loca! ¿Qué es lo que me decías anoche en el establo, te acuerdas?

—¡No quiero recordarlo!

—Quieres olvidarlo, ¿eh? Yo no, y te lo repetiré.

—¡Cállate, Monty! ¡Cállate…!

—He matado a Henry por ti, ¿lo entiendes? Para estar a solas contigo.

—Oh, no. No es verdad… Lo hiciste sin querer.

—No seas estúpida… Claro que supe lo que hacía. Sólo tuve que inclinarle la mano.

—¿Pudiste desarmarlo…?

—Sí, habría bastado que le torciese la mano y él hubiese tenido que arrojar el cuchillo…

Hilda agrandó los ojos.

—Entonces, ¿lo asesinaste?

—Digamos sólo que lo quité del medio. Era un estorbo. Yo iba a estar aquí muchos días y tú y yo tendríamos que vemos a

escondidas, cuando tu marido diese la espalda, siempre con el temor de que nos sorprendiese… Fue mejor así.

Ella había quedado sin habla.

Monty sonrió mientras caminaba hacia ella.

—Anda, nena, vamos al dormitorio.

Hilda echó a correr hacia la chimenea.

Se apoderó del rifle y se volvió como una centella.

Monty quiso ir detrás de ella, pero se detuvo al ver que lo estaba apuntando con el rifle.

—Eh, cuidado, Hilda.

Ella lo miraba jadeante.

—Mataste a mi marido.

—Sí, pero lo hice por ti… Te lo dije hace un momento.

—Yo voy a hacer justicia.

—¿De qué forma?

—Metiéndote una bala en las tripas.

—No hablas en serio.

—Sí, Monty, te voy a meter una bala en el vientre.

—Estás chiflada… No puedes hacer eso conmigo… No puedes matarme, soy tu hombre, recuérdalo… Anoche mismo me decías cosas dulces al oído… Me decías que habías sido la mujer más feliz del mundo y era porque me tenías a mí.

—Fue entonces cuando estaba loca… ¿Por qué no te detuviste en otra parte? ¿Por qué no pasaste de largo…?

Monty dio un paso hacia ella.

—Cariño, el destino es así de raro… Nos lleva por donde él quiere y no por donde nosotros deseamos… Pero yo estoy satisfecho de mi suerte… Me trajo justamente aquí, donde debía estar.

—No, Monty. Sólo te trajo dónde vas a morir.

Monty se maldijo para sus adentros porque pensó que ella decía la verdad.

En cualquier momento podía apretar el gatillo del rifle y entonces una bala le mordería los intestinos.

—Está bien, Hilda, me iré.

—Ya no.

—He dicho que me marcharé. Te quedarás sola.

—No, Monty. Te voy a matar. Así empezaré a purgar mi culpa. Sí, creo que eso es lo mejor… Pero no te preocupes. Te enterraré en

la colina con él…

Monty se dijo que aquella mujer tenía que estar perturbada. Eso debía ser. La muerte de Henry la había desequilibrado.

—Cariño… sólo tengo veintitrés años… No puedes matar a un hombre tan joven como yo… Tengo toda una vida por delante…

—Dentro de poco, sólo tendrás una cruz. Yo misma la pondré.

Monty saltó sobre Hilda.

Sonó el estampido.

Monty sintió el fogonazo en la cara. En el último momento había atrapado el rifle con la mano. Estaba seguro de que la bala había mordido en la pared de enfrente.

Los dos cayeron en tierra dando vueltas, luchando por la posesión del rifle.

En un momento determinado, Monty le pegó un puñetazo en la mandíbula.

Hilda se desmayó.

Monty se levantó resoplando como si hubiese peleado contra un oso y no con una mujer mucho más débil que él.

Sintió que el corazón le golpeaba en las costillas. Nunca había estado tan cerca de la muerte.

Tenía el rifle sujeto por el cañón. Rabioso se volvió y estrelló el arma contra la pared rompiéndolo en dos trozos.

Miró un momento a Hilda.

Era increíble que aquella mujer fuese la que tan sólo el día anterior había deseado con todas sus fuerzas.

Las mujeres eran verdaderamente unos seres extraños.

—¡Al diablo! —dijo.

Fue al establo, montó en su caballo y poco después reemprendía su viaje hacia el este.

CAPÍTULO VI

Ya había llegado a Jefferson City, pero estaba sin un dólar.

Apersogó las bridas del caballo delante del saloon Texas y se introdujo en el local.

No tenía siquiera cinco centavos para un vaso de *whisky*.

Pero tenía una idea. Sacó su revólver e hizo un disparo al aire. Algunos tipos se volvieron.

—Escuchen todos —dijo—. ¿Hay un hombre por aquí?

Algunos rieron y un hombretón enarcó las cejas.

—Eh, amigo, vaya a dormirla a otra parte.

Monty se echó a reír estremeciendo los hombros.

—Aquí tenemos a un tipo que parece duro.

El hombretón se levantó de la silla.

—Si quiere conocer la fuerza de mis puños, ya estoy preparado, forastero.

—No es con los puños con lo que yo quiero competir, sino con el revólver. ¿Hay alguien que apueste un dólar? El juego será sencillo. Me ganará un dólar aquel que haga más agujeros con el revólver en un naipe.

El grandullón dio un manotazo en el aire y se volvió a sentar.

—Tampoco lo mío es el revólver.

Un hombre moreno que bebía en el mostrador se apartó.

—Eh, amigo, creo que le voy a aceptar la apuesta.

—Estupendo, muchacho —dijo Monty pensando que había caído un primo.

El otro alargó su mano.

—Soy Tony Williams, de Abilene.

—Monty Coleman, de Emporia.

Tony Williams debía de estar por los veintisiete o veintiocho

años de edad y era moreno, alto, de piel bronceada y facciones varoniles.

—Eh, muchacho —dijo al tipo del bar—. Dame un par de naipes.

—¿Quién tira primero? —preguntó Monty.

—Tú mismo, muchacho.

—Como quieras —asintió Monty con una sonrisa.

—¿Listo?

—Ya.

Tony Williams tiró el naipe al aire y Monty vació el cargador del cilindro.

Tony encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Demonios, eso es lo que yo llamo puntería —tomó el naipe del suelo y se acercó a Coleman—. Tres agujeros. Todo un récord.

—Escupe el dólar.

—Todavía no tiré yo.

—Paga y así no harás el ridículo. Te permitiré que digas en voz alta que tienes lesionada la muñeca.

—Sin embargo, prefiero probar. Así me entreno.

—Como quieras —sonrió Monty.

Monty ya tenía el naipe en la mano.

—¿Listo?

—Ahí va —dijo Monty y lanzó la carta al aire.

Tony desenfundó como una centella y disparó ayudándose con la mano izquierda para darle vueltas al cilindro.

Terminado el último disparo, Monty Coleman todavía sonreía.

—¿Pagas ahora el dólar, Tony?

—Mira primero el naipe.

—Está bien —dijo Monty con aire aburrido.

Fue a por la carta y se puso en cuclillas para cogerlo. No llegó a tocarlo. El naipe tenía cinco agujeros, uno en cada esquina y el quinto en el centro.

Se puso pálido. Había perdido un dólar, pero el problema consistía en que no lo tenía.

Oyó pasos y vio a Tony que se acercaba a él.

—¿Qué pasó, muchacho?

—¿Dónde aprendiste a tirar?

—Me enseñó un ciego.

—¿Crees que soy idiota?

—Sí, hombre, por el tacto… Por eso pudo conseguir la mejor puntería. Anda, escupe el dólar.

Monty se levantó masajeándose el mentón.

—Oh, sí, claro, el dólar…

—Me vendrá muy bien… Cuando tú llegaste me estaba preguntando de dónde sacaría una cochina moneda.

—Oye, Tony, espérate aquí, enseguida vuelvo… He de cobrar diez machacantes.

Fue a echar a andar, pero Tony le puso la mano en el hombro.

—Espera, Monty.

—Ya te he dicho que regresaré enseguida.

—Iré contigo a cobrar esos diez pavos.

—No, hombre.

—¿Por qué no?

—Es largo de explicar… Me los va a pagar una mujer… Ella es muy vergonzosa…

—Todo lo contrario que tú… Apuesto a que no has conocido la vergüenza ni por el forro.

—¿Eh?

—Me quieres dar esquinazo… Empiezo a comprender lo que querías… Estás sin blanca y entraste aquí para sacar un dólar gratis.

Monty se echó a reír.

—¿Sabes una cosa, Tony? Eres de los míos.

—¿De veras?

—Yo vine en busca de un primo y tú estabas esperando que llegase otro. Estamos empatados. Si yo hubiese ganado, tampoco habrías tenido con qué pagar.

Tony sacó una moneda del bolsillo.

—Yo hubiese pagado, tipo listo. Nunca apuesto dinero cuando no lo tengo.

—Vaya, parece que me colé.

—Sí, y fue la segunda vez. Dijiste antes que estábamos empatados, pero ahora vamos a desempatar.

—¿De qué forma?

—De ésta —dijo Tony y le pegó un puñetazo en la mandíbula.

Monty dio una voltereta arrastrando dos mesas, dos sillas y a un tipo que fumaba en pipa.

Monty se levantó enseguida y escupió sangre.

Tony ya se iba hacia el mostrador.

—Eh Tony, espera un momento —dijo.

Se fue hacia él con rapidez y le tiró la izquierda.

Tony recibió el golpe en el hígado y se inclinó. Entonces Monty le pegó un zurdazo.

Williams fue a parar a una mesa de póquer. Naipes, fichas y jugadores se esparcieron por los lados, como si allí hubiese reventado un obús.

Monty Coleman puso los brazos en jarras y rió a mandíbula batiente.

Tony se quitó un naipe de la oreja, el as de corazones, y se dirigió hacia Monty.

—Está muy feo pegar a traición. Pero lo peor no es eso, sino que el *sheriff* llega ahora y nos va a encerrar por escándalo público.

Monty volvió la cabeza hacia la puerta, pero no vio a ningún hombre con estrella. Sin embargo, un segundo después vio todas las del firmamento. Eso fue gracias a un derechazo que Tony le colocó en el pómulo.

Cuando cesó de dar vueltas por el suelo había cruzado el saloon de parte a parte.

Fue a parar junto a las piernas de una girl.

—Eh, nena, ¿cómo te las arreglas para tener tan bonitos remos? —dijo levantándose—. No te marches, te veré luego.

Se encaminó hacia donde estaba Williams.

—Eh, Tony, tú lo sabes todo. Manejas el revólver y los puños como el primero.

—Eso me han dicho unos cuantos.

—Pero quizá no te han dicho que eres un hijo de perra.

—Pues te equivocas. También me lo dijeron. Pero ¿sabes lo que hice con ellos?

—¿Qué cosa?

—Les saqué los dientes —dijo Tony y le estrelló la derecha en el maxilar inferior.

Monty chocó contra una columna y por un momento pareció que el edificio se iba a convertir en astillas. Pero no pasó nada, excepto que Monty se lanzó de cabeza sobre Tony Williams aprovechando que éste se le había acercado.

Los dos cayeron por el suelo pegándose puñetazos.

De pronto, se oyeron varios disparos.

—¡Quietos los dos, maldita sea! ¡Obedezcan a la ley si no quieren que les agujeree la piel!

Tony y Monty se separaron respirando entrecortadamente.

El marshall de Jefferson City, un hombre de unos cincuenta años, los amenazaba con su revólver.

—Hay algo que me gusta menos que ver pelear a dos ciudadanos de Jefferson City, ¿y saben qué es?

—Dígalo, marshall —repuso Tony Williams.

—Ver pelear a dos forasteros.

Monty se puso a aplaudir.

—Bravo, marshall, seguro que no dijo otro chiste mejor en todo el día. Pero ya verá cómo se carcajea cuando le cuente el de la hija del alcalde que llegó de estudiar de una ciudad del Este.

—¡Basta!

—¿No lo quiere escuchar?

—No, no lo quiero oír. ¿Quién es usted?

—Yo soy Monty Coleman y éste es Tony Williams.

—¿Qué tal está, autoridad? —Se inclinó ceremonioso.

El *sheriff* cerró un ojo y miró a los dos jóvenes con el otro.

—Tengo la impresión de que son un par de gallos de pelea, pero vinieron al peor lugar para arrancarse las plumas… Yo les diré el lugar adecuado.

—Abilene —dijo Tony Williams.

—No, una celda de mi oficina.

—Vamos, marshall, no sea así… Después de todo, este chico y yo podemos hacer las paces en su presencia. Le juro que no volveremos a pelear. Ésta es mi mano, Monty.

Monty se la estrechó y los dos se palmearon sonrientes, aunque exhibían en su cara las huellas de sus respectivos nudillos.

El marshall hizo rechinar los dientes.

—Óiganme los dos.

—Somos todo oídos, autoridad —cabeceó Tony Williams.

—Les daré un plazo hasta las siete para que se marchen del pueblo.

—Pero, marshall, si son las cuatro… Sólo nos quedan tres horas…

—¿He dicho tres horas, maldita sea…? Debí de darles una. Pero

ya está dicho. ¿Oyeron bien? Si a las siete los encuentro en la ciudad, nadie los salvará de ir a la cárcel…

El hombre que estaba tras el mostrador intervino:

—Eh, marshall, han ocasionado daños por valor de seis dólares.

—Está bien, Bill. Ellos te van a pagar los seis dólares o me los llevaré detenidos.

Tony Williams miró a Coleman.

—¿Estás seguro que no tienes dinero?

—Ni un centavo.

—Parece que estoy en mi día de suerte.

—Seguro que lo estás, porque me conociste.

—Espero que sigas diciendo eso. —Tony Williams metió la mano en el bolsillo y sacó seis dólares que puso en el mostrador.

A continuación echó a andar hacia la calle.

Monty corrió tras él.

—Eh, Tony, aguarda.

Tony no esperó. Fue al abrevadero y se lavó la cara. Al volverse, vio a Monty a su lado, que había metido la cabeza en el agua.

—Eh, Monty, no necesito un perrito faldero.

Monty sacó la cabeza del abrevadero y, con la cara chorreante de agua, dijo:

—Oye, ¿por qué no formamos una sociedad?

—Miren al chico de las grandes ideas. ¿Qué clase de sociedad vamos a formar tú y yo?

—Apuesto a que una muy buena.

—Acérquense, señores, y no se lo pierdan, Tony Williams y Monty Coleman.

—¿Por qué no Monty Coleman y Tony Williams?

—No me interrumpas. Estaba soltando el discurso para inaugurar nuestro negocio.

—Adelante.

—Ya me quitaste la inspiración. Si me hubieses dejado, habría vendido este abrevadero al primero que pasase.

—Por un abrevadero darán muy poco —sonrió Monty—. ¿Por qué no les vendes el Ayuntamiento, o la Cámara de Comercio?

—Muy bien, dejaré que lo hagas tú. Y ahora, hasta nunca.

Tony Williams echó a andar, pero, al cabo de un rato, se dio cuenta de que Monty seguía tras sus pasos.

Se detuvo de nuevo.
—Oye, Tony, se me está ocurriendo un negocio.
—Malo debe ser.
—Hacemos un torneo de tiros entre tú y yo y dejamos que apuesten. Nosotros cobraremos sólo una comisión.
—No, no me interesa.
—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo?
—Tengo otros planes.
—Estupendo. Dilos y los pondremos en práctica.
—Tú no entras en ellos, Monty. Ya me estropeaste el día. Tenía que esperar aquí a un amigo. Juntos íbamos a explotar una mina de oro. Tendremos que viajar dos semanas por el desierto, pero ahora ya lo ves, el marshall me dijo que me fuese. Me voy a meter en el hotel y voy a esperar allí a mi compañero…
Sacó una vez más su dinero, su fajo de billetes.
—Eh, dijiste que sólo te quedaba un dólar —dijo Monty.
—Sólo tengo veinte o veinticinco dólares, pero toma cinco. Con eso te puedes aliviar. Ya me los pagarás en alguna ocasión.
—¿Por qué me prestas los cinco dólares?
—Para que me dejes en paz —dijo Tony y después de ponerle el dinero en la palma de la mano entró en el Golden.
Monty observó el billete de cinco dólares para cerciorarse de que era bueno y se dirigió al saloon.
Apenas estuvo dentro, se dirigió a la girl de los remos bonitos.
—Mi nombre es Monty, ¿y el tuyo?
—Bárbara.
La chica era rubia, de ojos verdes, y poseía una bonita figura desde cualquier lado que se la mirase.
—Te invito a un trago, Bárbara.
Se gastó un dólar cincuenta en *whisky*.
—¿Te vienes conmigo al hotel, pequeña?
—Claro, para eso estoy aquí.
Monty tomó a la joven del brazo y los dos salieron juntos. Fueron al hotel Golden y Monty preguntó al encargado por la habitación de Tony Williams. Era la 7. Subieron la escalera y Monty llamó con los nudillos en la puerta número 7.
—Adelante —oyó la voz de Tony Williams.
Monty entró con la rubia.

—Hola, Tony, aquí te traigo un presente… Fíjate qué tipazo… Para que veas que un amigo se acuerda de ti.

Tony Williams tenía una botella de *whisky* en la mano e hizo una mueca.

—Muchacho, ¿cómo he de lograr que te alejes de mí?

—Vamos, no seas quisquilloso y trae esa botella de *whisky*. Ella se llama Bárbara y tiene las más bonitas piernas de Texas. Anda, Bárbara, enséñale a Tony esas extremidades que te sirven para andar.

La muchacha se subió un poco la falda.

Tony chascó la lengua.

—Sí, no está mal.

—¿Lo ves? Y la traje para ti.

—Yo paso.

—Eh, no digas que no es de tu gusto…

—No acepto donaciones. Cuando quiero una mujer, la busco. Llévatela.

—Está bien, pero antes me dejarás que beba un trago.

Tony Williams le pasó la botella de mala gana.

Monty bebió un trago muy largo y alargó la botella a Bárbara.

—Toma, nena, para que te pongas en forma.

La chica bebió también.

Tony Williams saltó del lecho y caminó hacia la ventana. Miró a través de los cristales.

—Qué, ¿tu amigo no viene? —dijo Monty.

—No.

—Muy bien, entonces organizaremos una juerga.

—Para eso falta otra mujer.

—Con Bárbara nos sobra. Es una muchacha con mucha clase… ¿Sabes lo que me ha dicho? Que baila el
can-can
como nadie… Ya sabes, eso que bailan los franceses.

A Bárbara le había hecho efecto el *whisky* del saloon y el que había bebido allí. Se echó a reír y dijo:

—Monty, si haces de orquesta, bailo el
can-can.

—Trato hecho.

Monty se puso a cantar.

Bárbara bailó desenfrenadamente, con mucho estilo francés.

Luego se colgó del cuello de Tony Williams.

—Eh, ¿qué te parece la muchacha, Tony? —rió Monty.

—Lo hace bien.

—Yo diría algo más que eso. Lo hace a las mil maravillas… Esto hay que celebrarlo otra vez.

Se volvieron a pasar la botella.

Quince minutos más tarde, los tres estaban borrachos y en la botella no quedaba una gota de licor.

Bárbara seguía abrazada a Tony Williams.

—Querido… ¿Por qué no nos vamos tú y yo de aquí?

—¿Marchamos de aquí? Ésta es mi habitación. Si se va alguien, será Monty.

Bárbara miró con ojos vidriosos a Monty.

—¿Has oído? Tony quiere que te largues… ¿Por qué no te tiras por la ventana?

Tony lanzó una carcajada.

—Eh, Monty, no es mala idea. A ver si así me libro de ti.

Monty se sintió repentinamente furioso.

—Eh, Bárbara, tú viniste aquí conmigo y saldrás conmigo.

—Olvídate de eso, muñeco.

Tony lo señaló con el dedo.

—¿Sabes cuál es el undécimo, Monty? No estorbar.

Monty se pasó una mano por la cara. Infiernos, estaba muy mareado, pero él había ido con Bárbara y saldría con ella. Ya había olvidado que llevó a Bárbara casi para donarla a su recién conocido amigo.

—Bárbara, deja ya a Tony —rezongó.

—Vete al infierno.

Monty sintió que las tripas se le anudaban. Recordó a Hilda. Ella también lo había echado. Sí, Hilda prefirió quedarse sola en aquella choza cerca de la tumba de su marido, y ahora Bárbara lo despreciaba… Condenadas mujeres, pero él sabía cómo tratarlas… Claro que lo sabía.

Se encaminó hacia Bárbara, que estaba besando a Tony en los labios, la tomó por los hombros y dio un tirón fuerte de ella.

La joven se tambaleó y tropezó contra la pared.

—Bastardo, ¿qué es lo que has hecho?

Monty la abofeteó en la cara.

Tony Williams gritó:

—¡Monty, te voy a romper las narices!

Caminó lentamente hacia Monty. Éste sacó el revólver con mucha rapidez, saltó sobre Tony y le golpeó en la cabeza.

Tony lanzó un gemido y se desplomó sin conocimiento en el suelo.

Bárbara dio un chillido.

—¿Qué has hecho, Monty?

—Sólo dar su merecido a este tipo pesado. Anda, ven conmigo.

—No quiero.

—¿Por qué no?

—Prefiero a él.

—Estás llena de *whisky* y no sabes lo que dices. Pero yo te voy a refrescar para que sepas quién soy yo y quién es él.

Saltó sobre Bárbara y la atrapó por el cuello. Había visto un cubo en el rincón, el que estaba a disposición de los huéspedes para lavarse.

—¡Suéltame, Monty! ¿Qué vas a hacer?

—Ya lo has oído, refrescarte.

—Déjame, yo me refrescaré.

—Ni hablar. Yo seré quien lo haga.

La empujó con fuerza y Bárbara golpeó las rodillas en el suelo.

—¡Un momento!

—No hay ninguna espera —dijo Monty, y le hundió la cabeza en el cubo.

Monty volvió la mirada hacia Tony.

—Te crees más grande que Monty Coleman… Pero te equivocas, muchacho, y yo te lo voy a demostrar… Ella se va a morir por mis besos… Sólo por los míos, ¿lo oyes, Tony? —Su voz era estropajosa.

Sintió que Bárbara se estremecía y rió.

—Vamos, querida, bebe un poco de agua… No te sentará mal.

De pronto, el cuerpo de ella se relajó.

Monty apartó la mano y Bárbara continuó con la cabeza metida en el cubo.

—Vamos, sal de ahí ya, ¿o es que te quieres beber toda el agua?

Bárbara no se movía.

La tocó con el brazo.

Entonces la joven se venció hacia la derecha y cayó, volcando el cubo.

Bárbara quedó boca arriba. Sus ojos estaban desorbitados, fijos en la cara de Monty.

—Bárbara —la llamó.

La girl lo siguió mirando con sus ojos fijos.

Monty le tomó el pulso.

Entonces supo la verdad. Bárbara estaba muerta.

Él la había ahogado.

Se pasó una mano por la cara y se levantó bruscamente.

Aquello era un accidente. No había tenido intención de matar a Bárbara. Los culpables eran Tony Williams y la propia Bárbara. Sí, ellos nunca debieron darle celos. Pero el caso es que ella estaba muerta. Tenía que marcharse de allí cuanto antes.

Mojó el pañuelo en el agua que corría por el piso y se lo pasó por la cara. Luego se enderezó. Tenía que aparentar que se encontraba bien. Eso era muy importante ahora.

Abrió la puerta y abandonó el apartamento.

Al pasar frente al registro, dijo al encargado:

—Eh, oiga, el señor Williams dice que no le molesten… Está con la chica.

—Sí, señor.

Monty hizo un saludo con la mano y salió a la calle.

Llegó ante el saloon donde había apersogado su caballo.

Dos minutos más tarde estaba cabalgando.

Al pasar frente a la oficina del marshall, vio a éste en la acera.

—Hasta la vista, marshall.

—¿No se va también su amigo?

—Me dijo que le llevase a Bárbara, la chica del saloon, y yo así lo hice. Allá están los dos, en el hotel Golden. Creo que se están corriendo una buena juerga.

El marshall consultó su reloj.

—Si dentro de una hora no ha salido de aquí, iré a buscarlo para echarlo de la ciudad.

—Eso es cuestión suya, marshall —dijo Monty y espoleó su cabalgadura.

Poco después salía de Jefferson City.

Estaba satisfecho. Todo había salido bien. Después de todo, Tony

Williams iba a recibir lo que se había ganado. Soga para el cuello.

CAPÍTULO VII

Tony Williams sintió que unas manos lo zarandeaban.

Despertó oyendo voces.

—Es un asesino, marshall.

—Lo colgaremos ahora mismo y será mejor que usted no se oponga.

—Es un criminal peligroso. Fíjese cómo acabó con la muchacha, ahogándola en un cubo.

Tony abrió los ojos, pero no logró enfocar bien las imágenes.

Estaba borracho.

Pero sí comprendió una cosa. Que estaba esposado.

El marshall lo estaba mirando a la cara.

—Williams, lo que usted ha hecho le va a costar la vida.

Tony cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

—¿A qué se refiere, marshall?

Había otros cuatro hombres detrás del representante de la ley y uno de ellos rezongó:

—¿No se lo dije antes…? El tipo está completamente borracho y no recuerda.

—¡Y un cuerno no lo recuerda! —gritó otro individuo delgado, de mejillas chupadas—. Marshall, ya se lo he dicho… Deje que hagamos justicia nosotros.

—No puedo hacer eso, Isaías.

—Lo colgaremos en la ventana. Así servirá de ejemplo.

—¿Para quién va a servir de ejemplo? ¿A las girls, para que no acudan a la habitación de los forasteros?

—No haga chistes, marshall. Usted sabe que me refería a los criminales como este tipo que tiene esposado.

El marshall se inclinó otra vez sobre Williams.

—Muchacho, te voy a llevar a la oficina. ¿Puede andar?

Williams no entendía nada.

Desvió los ojos y miró a Bárbara. La chica del saloon estaba tendida en el suelo en una posición muy extraña, como una muñeca rota.

—Eh, ¿qué le pasó a ella? —murmuró.

El hombre de las mejillas chupadas intervino:

—Qué cara dura, marshall… Ahora pregunta qué le pasó.

—Cállate, Isaías.

—Oiga, es nuestro hombre… Nosotros le vamos a dar su merecido.

—Ya has oído que lo voy a llevar a una celda… Respetarás la ley mientras yo sea marshall de Jefferson City… Vamos, muchacho, en pie —atrapó a Williams por un brazo.

—¿Qué pasa si escapa? —preguntó Isaías.

—No escapará. Está esposado y borracho.

Empujó a Williams hacia la puerta sin soltarlo del brazo.

Tony estaba confuso. ¿Qué había pasado allí? De pronto se acordó de Monty Coleman.

—Eh, ¿dónde está mi amigo?

—¿A quién te refieres? —inquirió el representante de la ley.

—¿A quién va a ser…? A Monty Coleman, el que peleó conmigo en el saloon.

—Se fue.

—¿A dónde?

—Se marchó de la ciudad porque tuvo en cuenta la orden que yo le di… Y ahora cállate, Williams, nos vamos…

Fue empujado otra vez por el corredor.

Bajaron la escalera y Tony tropezó en un peldaño y se tambaleó.

La gente se había aglomerado en el *hall*.

Todos estaban enterados de lo que pasaba.

Un hombre muy fuerte gritó:

—Eh, marshall… Aquí hay una buena lámpara para colgarlo.

Dos girls de saloon estaban apoyadas en la pared sollozando.

Una de ellas, una pelirroja, gritó:

—¡El marshall lo protege…!

—Claro —dijo la otra—. La víctima es una cualquiera, una de nosotras. Si hubiese sido una dama del pueblo, el criminal ya

estaría liquidado.

Algunos hombres se habían acercado al pie de la escalera y miraban al prisionero amenazadoramente.

El marshall dejó oír su voz ronca.

—¡Apártense…! No vacilaré en usar mi revólver contra el que intente quitarme el preso.

Los hombres titubearon, pero finalmente empezaron a retroceder.

El marshall llevó a su prisionero hacía la calle.

—Escucha esto, muchacho… —le dijo por la comisura de la boca —. Aprieta el paso y procura no caerte… Si te atrapan, me temo que no podré hacerles cambiar de opinión…

Tony sacudió la cabeza.

Estaba hecho un lío. Pero, debía olvidar todo cuanto se refería a la muerte de Bárbara. Ya tendría tiempo para pensar. Se trataba de salvar la piel.

Sabía que estaba borracho, pero la proximidad de la muerte lo había despejado para saber que allí podía terminar su historia.

Echaron a andar por la calle.

El grupo de gente salió del hotel.

—Más aprisa, muchacho… —dijo el marshall.

Isaías, el que quería colgar a Williams, estaba gritando a la gente.

—¡No nos pueden quitar la presa…! ¡No podemos consentir eso…! ¡Hay que ahorcar a ese tipo…!

Ya estaban llegando a la oficina.

El marshall abrió la puerta y los dos pasaron al interior.

Un hombre estaba tras de una mesa.

Era el ayudante del marshall, Lex Whitford.

—Atrapa el rifle y ponte en la ventana, Lex.

—¿Qué pasó, señor Masón?

—Ya te lo contaré…

El marshall abrió la celda del fondo y metió a Williams. Le quitó las esposas.

—Acuéstate y duerme la mona, muchacho.

—Oiga… No entiendo nada… ¿Por qué estoy aquí?

El marshall lo miró con los ojos entornados.

—¿De veras no lo sabes…?

—Claro que no.
—Debes tomarme por idiota.
—No, marshall. —Tony se tocó la cabeza y dio un grito—. Cielo, tengo un chichón como un huevo de avestruz… Ya entiendo… Ahora lo recuerdo… Él me pegó con el revólver… Monty Coleman… Estábamos los tres en el cuarto… Monty se puso celoso porque Bárbara me prefería a mí… Le pegó a la chica… Yo quise defenderla… Pero Monty utilizó el revólver para dejarme sin conocimiento… Ahí lo tiene todo… Es eso.
—Para ser la historia de un borracho, no está mal.
—Le he dicho la verdad, marshall.
—Lo siento, chico, pero, tal como están las cosas, nadie te va a creer.
—¿Por qué no?
—Porque es sólo tu palabra… Anda, duerme…
En aquel momento llegó un griterío de la calle.
El ayudante habló desde la ventana:
—Eh, jefe, ya he oído bastante para saber de qué se trata… Ese miserable que hay ahí dentro ahogó en un cubo de agua a Bárbara Russell.
—Sí, eso parece.
—¿Es que lo va a proteger…?
—Yo protejo a todo el que detengo…
—Éste es un caso excepcional, marshall… Además, el pueblo se va a reunir… Lo he oído ahora mismo a Isaías. Dentro de un rato vendrán un par de centenares de hombres y mujeres… Isaías dice que también las muchachas de saloon tienen derecho a la vida.
—Isaías los está arengando bien.
—No podremos con ellos, jefe.
—Los contendremos aunque tengamos que utilizar las armas.
—Eso no puede ser… Se me ocurre una idea mejor. Vaya usted a hablar con ellos. Puede convencerlos para que se estén quietos.
El marshall sopesó aquella propuesta.
—Está bien, Lex… Iré a hablar con ellos… Pero recuérdalo. No consientas que nadie entre aquí en mi ausencia…
—Descuide.
—Cierra la puerta con llave cuando yo salga.
—Sí, señor, la cerraré.

Tony Williams sacudió la cabeza tratando de poner en orden sus pensamientos. Tenía la impresión de que su lengua era un trozo de cuero. ¿Por qué había sido tan estúpido? Debió arrojar de su habitación a Monty Coleman y a Bárbara cuando llegaron. No, no le gustaba aquel tipo. Tenía algo malo en sus ojos. Sí, eso debía de ser. Por eso quiso huir de él y apartarlo de su camino. Pero Monty le había seguido, quizá para perderle.

Oyó que el marshall salía de la oficina y que la puerta se cerraba.

¿Podría convencer el marshall a toda aquella gente para que se estuviese quieta?

¿Y qué lograba con eso?

Sólo sería un aplazamiento de su ejecución.

Tarde o temprano, se celebraría su juicio y entonces no habría nadie capaz de salvarlo.

Sí, empezaba a darse cuenta de que no tenía ninguna probabilidad de escapar a la soga.

Oyó que la puerta de la celda se abría.

El ayudante del marshall se quedó en el hueco.

—Hola, chico.

Tony miró su cara y no le gustó nada. Sus labios se crispaban hacia abajo con una sonrisa, y sus ojos parecían los de una serpiente de cascabel antes de atacar.

—Ayudante —dijo Tony—. ¿Quiere cerrar la puerta? Voy a dormir…

—Muy bien, duerme —contestó Lex, pero no cerró la puerta.

—¿Qué es lo que piensa, ayudante?

—¿Tú qué crees?

—No la maté yo.

—Oh, perdón, debí saber enseguida que eres inocente.

—Lo soy.

—Entiendo, muchacho, Bárbara se cansó de vivir y metió la cabeza en el cubo del agua.

—No, no creo que fuese así.

—Vaya, pareces inteligente.

—Lo hizo el otro…

—Oh, sí, el fantasma de su tío…

—Me refiero al otro forastero. Se llama Monty Coleman…

Tienen que buscarlo. Él tuvo que hacerlo… Por eso huyó. Está todo claro.

El ayudante sacó el revólver.

—Cierra la boca y deja de decir sucias mentiras.

—No le he engañado, ayudante.

—Desde luego, no me has mentido, y por eso te voy a dar el premio.

—¿Qué va a hacer?

—Eres un borracho estúpido… ¿No me ves con el revólver en la mano? ¿Qué voy a hacer…? Yo te lo diré. Levantarte la tapa de los sesos…

—Usted es un representante de la ley.

—Sí, por eso te voy a liquidar con todas las de la ley.

—Su obligación es conservarme vivo.

—Sí, se supone que ése es mi deber cuando en la celda hay un ser humano. Pero aquí no hay ningún ser humano, sólo veo a un bicho…

Williams llevó oxígeno a sus pulmones.

Las cosas se estaban poniendo cada vez más feas.

No dudaba que aquel tipo hablaba en serio. Lo iba a matar.

Se levantó del jergón.

—Quédate ahí quieto, Tony…

—Quiero que me escuche.

—Puedo oírte desde esta distancia.

—Le repito que yo no lo hice, ayudante.

—Muy bien, tienes un minuto.

—¿Un minuto para qué?

—Para ponerte en paz con tu conciencia.

Lex sonrió mientras arqueaba el dedo en el gatillo.

Tony soltó una maldición para sus adentros.

Estaba en las peores condiciones para salvar su vida.

Se había quedado sin revólver y todavía sentía los efectos del *whisky*.

Sin embargo, ahora se dio cuenta de que podía tener una oportunidad.

Era la única.

Dio un traspié.

—Cielos, todo me da vueltas… Estoy borracho… Completamente

borracho…

Se fue contra la pared.

Golpeó la cabeza allí porque puso las manos demasiado tarde para apoyarse.

Todo formaba parte de una comedia.

¿Serviría para algo?

Sus piernas flaquearon.

—Ayudante… —dijo en un susurro—. Llame a un doctor… Lo necesito.

—Yo voy a ser tu doctor… Te arreglo en un momento —dijo el ayudante.

Williams se puso de rodillas en el suelo.

Oyó que el ayudante entraba en la celda.

Le había dado la espalda intencionadamente, para confiarlo.

—Quiero desalojar el estómago, ayudante… Deme cualquier cosa…

—No te hará falta.

Tony se revolvió como una centella, arrojándose sobre las piernas de Lex.

Sonó un estampido y la bala se hundió en el piso.

El ayudante Lex Whitford había disparado mientras caía.

Tony se le echó encima y le pegó un terrible puñetazo en la cara.

El ayudante soltó un gemido y perdió el conocimiento.

Williams se apoderó del revólver y salió tambaleándose de la celda.

En la calle se oía un gran alboroto.

De pronto, un cristal de la ventana saltó en añicos.

Un hombre gritó:

—¡Lex, vamos a entrar ahí a por el preso…! ¡Será mejor que colabores y abras la puerta…!

No, por allí no podía escapar.

Pero tenía que haber una puerta trasera.

Echó a andar por el corredor.

Vio una cocina.

Llegó al patio. A la derecha estaba el establo donde vio dos caballos.

Se dio mucha prisa en ensillar uno de ellos, el que le pareció

más rápido.

De pronto, oyó voces que llegaban por la derecha.

—¡Nosotros atacaremos por detrás mientras los otros lo hacen por la Calle Mayor!

Apenas tenía tiempo.

Abrió la puerta.

Allí no había nadie, pero oyó pasos rápidos por el callejón.

Saltó a la silla y espoleó su cabalgadura.

Ésta salió de estampida por el hueco.

Se había alejado unas yardas cuando sonó un estampido.

—¡Eh, muchachos…! ¡Disparad…! ¡Es el criminal que se escapa…!

Sonaron varios estampidos.

Las balas pasaron por encima de Tony Williams.

Éste inclinó la cabeza sobre el cuello del animal y lo siguió espoleando.

CAPÍTULO VIII

Monty Coleman había llegado a su casa tras cuatro meses de ausencia.

Quería dar una sorpresa a su padre y se deslizaba por el jardín en la oscuridad.

Había visto luz en el despacho de su padre.

Sonreía para sus adentros pensando en las palabras que su padre le había dicho antes de que se marchase.

Debía de viajar para tener experiencia.

Sí, había acumulado mucha.

Hacía una noche tibia, primaveral, y la ventana estaba abierta.

Se incorporó poco a poco para mirar al interior.

Su padre tenía una visita.

Se trataba de una mujer.

Monty Coleman se quedó perplejo al verla.

Ella estaba de perfil y era muy hermosa.

—Señor Coleman —decía la joven desconocida—. Espero que su donativo sea importante… Debe tener en cuenta el fin que nos proponemos…

—Explique mejor ese fin, doctora Hilton.

—El estado se propone crear consultas para personas necesitadas en todas las ciudades importantes. Le advierto que el personal es voluntario. Yo formo parte de un grupo de treinta doctores que se ofreció para llevar a cabo esta magna obra. Desgraciadamente, el estado nos dotó con una cantidad que es insuficiente para atender a los servicios que nos hemos propuesto. Por ello, hemos de recurrir al auxilio de los particulares… A mí se me confió la comarca de Emporia… En esas cartas que le he entregado puede usted comprobar todo cuanto he dicho.

—Sí, aquí dice que usted es Moira Hilton… Que se graduó hace tres años. Ha prestado servicios médicos en Houston y Austin… Soltera. ¿Cuánto cree que debo dar…?

—Eso es cuestión suya, señor Coleman.

—¿Le parece bien quinientos dólares?

—Sería una generosa ayuda por su parte.

—Está bien. Cuente con ellos…

Monty Coleman no quiso esperar más.

Se le había ocurrido representar una bonita comedia.

Saltó por la ventana y se dejó caer a la otra parte.

La doctora Hilton gritó:

—¡Un ladrón, señor Coleman!

Barton Coleman saltó del sillón y atrapó el revólver.

El hombre que se había dejado caer por la ventana estaba inmóvil.

—¡Dios mío…! ¡Es mi hijo…!

La doctora Hilton observó perpleja al hombre barbudo, sucio, que estaba inmóvil, boca arriba.

—¿Su hijo, señor Coleman?

—Se marchó hace unos meses… Atiéndalo, doctora… Debe encontrarse muy mal.

Monty hubiese sonreído de buena gana.

Su treta empezaba a dar resultado.

—Póngalo en el sofá, señor Coleman… Yo le ayudaré.

Entre la doctora y Barton Coleman llevaron a Monty hasta el sofá.

—¿Tiene botiquín? —inquirió la doctora.

—Desde luego.

—Tráigalo.

El ranchero salió de la habitación.

Moira despasó el botón del cuello de Monty y le quitó el mugriento pañuelo.

Monty sintió la caricia de los dedos femeninos en su pecho.

La doctora se inclinó sobre él para escuchar los latidos de su corazón.

Monty hizo como que recuperaba el sentido y abrazó a la doctora.

—¿Dónde estoy…? ¿Dónde estoy…? —murmuró.

La joven levantó la cabeza.
—Está en su casa, señor Coleman.
—Oh, no, no puede ser —contestó Monty mirándola mientras pestañeaba—. Estoy en el cielo… Debe ser el cielo y usted es un ángel…
—No, señor Coleman, todavía se encuentra en este lugar que llamamos tierra…
—No puede ser —dijo Monty y trató de incorporarse pero sólo quería acercar su cara a la de ella, rozar con sus labios aquel cutis precioso.
Moira le puso las manos en el pecho.
—Estese quieto, señor Coleman.
Él entonces la tomó por la cintura.
—¿Quién es usted? Nunca la vi hasta ahora…
—Soy la doctora Moira Hilton.
—Estoy muy grave, doctora.
—No, no lo está.
—Entonces, ¿por qué me trajeron aquí…?
—Usted vino por su propio pie… Y ahora, va a estarse quietecito…
—Sí, doctora.
—Enséñeme la lengua.
—Ahí la tiene —dijo Monty y se la mostró.
—Está un poco sucia.
—Me encuentro muy mal, doctora…
—Cálmese. Estoy aquí para atenderle.
La doctora se fue a levantar, pero Monty se apoderó otra vez de su brazo.
—No se vaya de mi lado.
—Traigo en mi bolso un termómetro… Se lo voy a poner.
—Oh, sí, desde luego.
Moira trajo el termómetro y, cuando Monty fue a decir algo, se lo metió en la boca.
Barton Coleman llegó con un maletín.
—¿Cómo estás, hijo?
Monty se fue a quitar el termómetro para responder a su padre pero la doctora dijo:
—Estese quieto, ya hablará con su padre después.

Pasado un rato, Moira le quitó el termómetro de la boca.

—No tiene ninguna fiebre —declaró.

—Sin embargo, me encuentro muy grave, papá… Creo que me voy a morir.

—Doctora Hilton, le ordeno que cure a mi hijo…

—Señor Coleman, ¿quiere hacerme un favor?

—Claro.

—Vaya a la cocina y diga que preparen a su hijo una sopa caliente y una buena ración de carne.

—¿Eh…? ¿Cree que eso es bueno para él?

—Estoy segura de que es lo mejor. Especialmente si agregan un buen pastel de manzana.

—¿Está bromeando, doctora?

—En absoluto. Por favor, recuerde que quiero ayudar a su hijo.

El ranchero sacudió la cabeza en sentido afirmativo y salió nuevamente de la estancia.

Monty cerró los ojos y se pasó la mano por el pecho.

—Cada vez me encuentro peor, doctora.

Moira cruzó los brazos y dijo:

—La farsa ya terminó. ¿Me oye, Monty?

Coleman abrió los ojos y miró a la joven con el ceño fruncido.

—Eh, ¿qué dice?

—Me pudo engañar al principio… Tengo por costumbre auxiliar al que me lo pide. Pero usted es sólo un comediante, señor Coleman.

—Vaya, parece que es inteligente, además de bonita.

—¿Por qué hizo eso?

—Ya se lo he dicho, porque es bonita.

Ella se levantó de golpe y Monty no pudo impedírselo.

—Oiga, doctora, no está enfadada conmigo…

—Sí, estoy enfadada.

—¿No admite una broma?

—No las tolero cuando se refieren a mi profesión…

—Sigue estando preciosa con ese hociquín rabioso… Es usted una maravilla en cualquier situación.

—Ya basta, señor Coleman.

—¿No le gusta que la requiebren?

—No he venido aquí para eso.

—Oh, sí, ahora recuerdo… La oí desde la otra parte de la ventana. Vino a pegarle un sablazo a mi padre.

—No vine aquí a pegarle ningún sablazo a su padre…

—No se vuelva a enfadar… Apúnteme a mí también entre sus donantes.

—No, gracias.

—Eh, doctora, ahora procede mal. Recuerde que no lo hago por usted, sino por las personas necesitadas.

—Tiene razón. ¿Cuál va a ser su donativo?

—¿Cien dólares?

—Sí, se los acepto. Y le doy las gracias en nombre de las personas que usted podrá ayudar.

—Yo ayudo a todas las personas, doctora. Me conmuevo con las desgracias ajenas…

—Muy ejemplar.

—¿No tiene usted algún problema personal que yo pueda socorrer?

—No, gracias.

En aquel momento entró otra vez el ranchero Coleman.

—Eh, ¿qué pasa aquí?

—Su hijo se encuentra perfectamente, señor Coleman.

—Gracias a ella, papá. Me curó de un solo golpe, con una mirada… Ahora puedo jurar que tiene medicina en los ojos.

Barton Coleman dijo:

—Monty, no me gusta nada lo que has hecho.

—¿Qué pasa, papá?

—Me asustaste.

—Bueno, ya pasó todo… Y no me negarás que fue mejor que me presentase así que enfermo de verdad.

Coleman cambió de actitud.

Había penado mucho en su hijo en aquellos meses que le habían parecido más largos que nunca.

Se acercó a Monty y lo abrazó.

La doctora ya había guardado el termómetro en su bolso.

—Señor Coleman, hay una cuenta abierta a nombre de mi comisión en el Banco Ganadero. Espero que ustedes depositen sus donativos. He tomado nota de ellos… Les repito mi agradecimiento.

—Eh, papá, ¿es que vas a dejar marchar así a la doctora? ¿Por

qué no la invitas a cenar?

—No me puedo quedar —opuso la joven—. Tengo que hacer dos visitas en la ciudad.

—Yo la acompaño —dijo Monty Coleman.

—Se lo prohíbo. Está muy malito…

La joven le dirigió una sonrisa de ironía y salió de la estancia.

Monty Coleman sacudió la cabeza.

—Eh, papá, ahí tienes una chica de las que se recetan por sí mismas… Y no es un chiste.

—Olvídala ya.

—¿Crees que eso es fácil?

—Cuéntame cómo te fue por ahí…

Monty fue hacia la mesa mientras decía:

—Deja que beba antes un trago de *whisky*…

Después de beber, Monty dijo:

—Ha vuelto el hijo que tú querías… Sí, papá, he aprendido mucho por ese mundo como tú esperabas… Tu idea fue un éxito… Demonios, nunca pude imaginar que me podían suceder tantas cosas…

—¿Buenas?

—Sí, de todas he sacado la oportuna moraleja…

—Lo celebro mucho. Sí, hijo, no sabes cuánto me alegra oírte decir estas palabras.

Monty levantó el vaso de *whisky*.

—Por el nuevo hijo que hoy volvió a su casa…

—Espera, Monty, no tengo todavía mi vaso —contestó Barton, riendo.

Él también se escanció una ración de *whisky* y chocó su vaso con el de su hijo.

—Por ti, Monty. Por mi nuevo hijo.

Los dos bebieron.

CAPÍTULO IX

Tony Williams observó la Calle Mayor desde su caballo.

Aquel pueblo era Emporia.

Descendió ante un saloon y sujetó las bridas en la barra.

Un viejo tomaba el sol sentado al borde de la acera de tablones.

—Buenos días, abuelo.

—¿Qué tal, forastero?

—Quería hacerle una pregunta.

—Hágala, y ya veremos si la puedo responder.

—¿Ha oído hablar de Monty Coleman?

El abuelo se echó a reír y soltó un salivazo a la tierra.

—Si yo no conociese a Monty Coleman, estaría ya en la tumba.

—Entonces, dígame dónde lo puedo encontrar.

—En su rancho, naturalmente.

—¿Tiene un rancho?

—Bueno, es de su padre, pero Monty lo heredará algún día.

—De modo que es rico…

El abuelo se echó a reír de nuevo y respondió:

—Yo diría que es algo más que rico. Los Coleman son los dueños de la comarca.

—¿Y qué tal son padre e hijo?

—El padre era un tipo muy duro, pero se fue humanizando poco a poco… Quizá fue cosa de los años… A todos nos pasa lo mismo. Pero Monty tiene en sus venas sangre joven, burbujeante.

—Un hueso, ¿eh?

—Sí, creo que lo ha definido bien, un hueso.

—¿Dónde está el rancho?

—Seis millas al sur.

—Gracias, abuelo. —Tony sacó una moneda de a medio dólar—.

Tome, para usted…

—No, no se la aceptaré.

—Es para que se refresque.

—No bebo *whisky* y, además, lo que dije no tiene importancia.

—Como quiera, abuelo.

—Oiga, le voy a dar un consejo porque me parece usted una buena persona.

—Diga…

—No se meta con los Coleman.

—Gracias, abuelo, pero ya uno de ellos se metió conmigo… —repuso Tony y, tras hacer un saludo, se acercó otra vez a la barra.

Desató las bridas y montó el caballo.

Poco después salía del pueblo en dirección sur.

Había recorrido dos millas cuando oyó un grito.

—¡Eh, usted…!

Miró a la derecha.

Vio a una mujer que le hacía señales. Estaba al lado de un carro, a la orilla de un río.

Llevó su caballo hacia allí.

El carruaje en el que viajaba la mujer tenía una rueda hundida en el barro.

Pero enseguida dejó de prestar atención a la rueda, para dedicarla a la joven. Era muy bonita, de cabello muy negro, ojos azules.

—Por favor, ¿quiere ayudarme…?

Tony seguía mirándola.

—Eh, que le hablo a usted, amigo.

—Oh, sí, no me había dado cuenta…

—¿Es sordo?

—No, pero tampoco soy ciego —dijo Tony y la miró de pies a cabeza.

La joven dio un resoplido quitándose una guedeja de pelo del ojo derecho.

—Si me saca la rueda del carro le pagaré bien.

Williams saltó de la silla y puso los brazos en jarras mirando la rueda.

—Hay algo que no comprendo, señorita…

—¿Qué cosa no se explica…?

—La carretera está mucho más arriba… ¿Cómo es que llegó hasta aquí…? ¿Quizá se le desbocó el caballo…?

—No, señor, no fue eso… Sólo quise llegarme hasta aquí para mojarme los pies. Cometí una imprudencia porque debí dejar el carruaje allá arriba.

—Va a ser difícil sacarlo…

—¿Tan debilucho es usted…?

—¿Usted qué cree…?

—Parece un hombre fuerte… No debe haber sufrido ninguna enfermedad…

—Se equivoca, tuve el sarampión.

—¿Cuándo…?

—A los cuatro años…

—Qué gracioso.

—Se hubiese reído mucho más si me hubiese visto.

—Oiga, da la casualidad de que tengo prisa por llegar al pueblo.

—Lo siento, pero su marido tendrá que esperarla un rato…

—No hay ningún marido.

—Su prometido…

—Oiga, si quiere conocer mi ficha personal, pregúntelo directamente y déjese de rodeos.

—De acuerdo —dijo Tony mientras se pellizcaba el mentón—. ¿Cuál es su nombre…?

—Le he dicho que no estoy para perder tiempo.

—Usted me autorizó para que le hiciese la ficha personal.

—Está bien —dijo ella dando una patada en el suelo—. Soy la doctora Moira Hilton… Tengo veintitrés años, no he sufrido ninguna enfermedad grave y todavía no pasé el sarampión…

—Qué suerte.

—¿Y ahora quiere sacarme la rueda del barro?

—Vamos a intentarlo.

Ella se dispuso a subir al pescante.

—Eh, ¿qué hace, doctora?

—He de tomar las riendas del caballo.

—No hace falta. Si se sube aumentará el peso.

—Oiga, ¿cuánto cree que va a aumentar…?

Tony la observó otra vez atentamente, justipreciándola. Al fin dijo:

—¿Setenta y cinco kilos?

—No sea bruto…

—Está bien, diga cuánto.

—Sólo peso sesenta, y eso con zapatos y ropa…

—De todas formas, es mucho. No suba.

—Como quiera… Pero le voy a agradecer mucho una cosa.

—Dígala.

—Que me hable con más respeto. Tengo la impresión de que me confunde con una acémila.

—Baje los humos… No he querido insultarla. A usted le interesa salir cuanto antes de este atolladero, y a mí me ocurre lo mismo porque también tengo mis ocupaciones.

—Entonces le pediré disculpas porque yo había creído que era usted un vagabundo.

Tony soltó un gruñido por toda respuesta.

Miró a su alrededor y cogió unas cuantas ramas que el río había dejado allí en su crecida.

Las puso delante de la rueda que había quedado hundida en el fango.

—Doctora… Atrape las bridas del caballo por la parte de delante. Cuando vea que yo levanto la rueda, usted tire también… Debe aunar sus fuerzas con el caballo.

Ella apretó los dientes.

—¿Otra vez me compara…?

—Oiga, ¿quiere dejarse de tonterías y hacerme caso…?

—Está bien, pero dígame si me he de poner de frente o de espaldas.

—De frente, mujer, o el caballo terminará por pisotearla…

—Es usted un hombre muy sabio…

—Eso han dicho siempre las girls que me han conocido.

Los ojos de la joven relampaguearon.

Se le vio la intención de contestar desabridamente, pero cerró la boca y se puso delante del caballo. Tomó las bridas.

—¿Preparada, doctora…?

—Ya lo estoy, ¿es que no lo ve…?

Tony se escupió en las manos y las puso en la rueda.

Hinchó los pulmones de aire e hizo fuerza.

—¡Ahora…!

La joven tiró de las bridas del caballo, el cual se puso también a trabajar.

La rueda se movió unas pulgadas, pero no salió del hoyo.

Tony Williams gritó:

—¡No marcha al compás del caballo, doctora!

—¡No soy una yegua, señor Williams…!

—No, ya lo veo… Es una potranca demasiado joven.

La doctora dejó caer las bridas con furia y se apartó a un lado, enfrentándose a Tony con los puños cerrados.

—Es usted el individuo más grosero que he encontrado en mi vida…

—Oiga, lo que yo trato es de ayudarla.

—Sí, pero lo podía hacer con mejores formas.

Tony sacudió la cabeza.

—Está bien, princesa, le presento mis excusas… ¿Está bien así…? Y ahora, póngase delante del carro…

—No me lo diga con ese tono.

—Oiga, es usted muy quisquillosa. Compadezco a su marido…

—Ya le dije que no hay marido.

—Me refiero al que vaya a tener…

—Por fortuna, no será usted…

—No, de eso puede estar segura…

—Eh, oiga, un poco más despacio… ¿Qué tengo yo que le desagrada…?

—Doctora, no me he metido con su planta, que es de lo mejor que he visto. Me refiero a su carácter… Es de lo más endiablado.

—Miren quién habla… Por lo visto se cree que es el no va más de las perfecciones en cuestión de hombres.

—No, no he dicho eso…

—Pero lo piensa… ¿Cuál es su nombre…? Todavía no lo dijo…

—Tony Williams.

Tony sacó la bolsa del tabaco y el papel de fumar.

—Oiga, ¿qué va a hacer…?

—Mientras usted habla yo voy a fumar un cigarrillo.

—No puede perder el tiempo en nada hasta que no saquemos la rueda de ahí… ¿Es que no lo ha oído…? Me están esperando en Emporia… Debo asistir a una reunión muy importante.

Williams guardó la bolsa de tabaco y el papel de fumar.

—Vamos allá otra vez… Póngase donde le dije.

La joven hizo un gesto afirmativo y ocupó la posición de antes.

—Lo haremos de otra forma, doctora.

—Explíquese…

—Haré fuerza sobre la rueda… Cuando yo le avise, tire de las bridas…

—Muy bien.

Tony empujó la rueda.

—¡Ya! —gritó.

La joven dio un tirón fuerte de las bridas del caballo, pero entonces ocurrió lo inesperado. Sus pies resbalaron en el barro y cayó sentada en el suelo.

—¡Pare…! ¡Pare…! —gritó.

Tony Williams apartó las manos de la rueda.

—¿Qué es lo que le pasa ahora, doctora?

—¿Es que no lo ve…? ¡Me he caído…! ¡Mire cómo me he puesto el vestido!

—Eso se arregla con un buen lavado…

—Pero ¿cómo me presento yo ahora en el pueblo llena de barro…? ¡Me lo siento hasta el cuello!

—No exagere.

—¡Me estoy hundiendo, señor Williams…! ¡Ayúdeme…! ¡Es arena movediza…!

Tony se quedó dónde estaba.

—Usted no sabe lo que son las arenas movedizas.

—¿Va a discutir eso conmigo…? ¿Es que no ve que me hundo…?

—Sólo hay dos palmos de fango… Descuide, no le llegará al cuello…

—¡Es usted un ser despiadado…! ¡Un hombre sin escrúpulos…! ¡Un inútil…!

Tony sacó de nuevo la bolsa de tabaco y el papel y, apoyándose en el carro, se dispuso a liar un cigarrillo.

—Eh, ¿qué hace…?

—Ya lo ve, ahora sí que fumo…

—¿Es que no me va a ayudar…?

—Desde luego, la voy a ayudar… Después que haya retirado sus insultos…

Ella abrió la boca y se quedó así. Sus ojos también se habían agrandado mucho y sus senos se agitaban porque tenía el pecho lleno de indignación.

Tony terminó de liar el cigarrillo y le prendió fuego con un fósforo.

Expulsó el humo por la boca y miró hacia el cielo.

Algunos pájaros piaban en los árboles.

—Es muy romántico…

—¡Es un sitio abominable! —exclamó la joven—. ¡No se preocupe! ¡Saldré sola de aquí! ¡No le necesito para nada…!

Empezó a incorporarse eligiendo cuidadosamente el lugar en que apoyar las manos. Lo estaba consiguiendo cuando la zurda le resbaló y cayó de bruces.

Se puso a gemir.

—¿Qué le pasa, señorita Hilton…?

La joven alzó la cara, la nariz llena de barro.

Tony se echó a reír.

—¿De qué se ríe, señor Williams…?

—Está muy graciosa.

Los ojos de Moira chispeaban furiosamente.

—¡Esto me lo va a pagar…!

—No, es usted la que va a pagar mi trabajo, recuérdelo…

—¡Lárguese! ¡No quiero saber nada de usted…! ¿Lo oye bien…? ¡Quiero olvidarlo cuanto antes…!

—Está bien, como quiera. —Tony dio otra chupada al cigarrillo y echó a andar hacia su caballo.

—¡Espere…!

—¿Qué le pasa ahora, doctora?

—No tengo más remedio que claudicar… Sí, señor Williams. Le presento otra vez mis excusas, ¿quiere aceptarlas…?

—Con una condición.

—¿Cuál?

—La de que se aparte. Es usted un estorbo.

—¿Yo un estorbo…?

—¡Me ha demostrado bien que no sirve usted para tirar de un carro!

Moira se puso tan indignada al oír aquello que las palabras se le atropellaron en la boca.

—¡Adelante, caballo…! —gritó.

El animal dio un tirón y el carro salió de la trampa.

Tony corrió para tomar las bridas del caballo y alejarlo de la orilla del río, ya que existía el peligro de que alguna de las ruedas volviese a quedar aprisionada en el fango.

Cuando hubo terminado su operación de salvamento, regresó junto a la joven.

—Bueno, ya puede ir a esa reunión tan importante…

—No le puedo dar las gracias.

—No es necesario. Sólo quiero su dinero…

—¿Es que me va a atracar?

—No, doctora, sólo espero su gratificación.

Tony hizo otro esfuerzo con la rueda.

Moira fue hacia el tílburi y tomó su bolso.

Tony había ido tras ella.

La joven se volvió y le alargó una moneda de medio dólar.

—Doctora, a usted nunca le harán una estatua por su generosidad.

—¿Acaso cree que merece más?

—No se preocupe, me conformaré con el medio dólar No quiero arruinarla.

—Su sarcasmo no me hace ninguna mella.

—No, ya veo que a usted lo único que le pone nerviosa es el barro, porque la pone fea.

La joven levantó la barbilla.

—Menos mal que lo voy a perder de vista.

—Cuidado, no se vaya a caer… Tiene los pies llenos de barro… Puedo dejarla en el pescante y eso está incluido en el medio dólar.

—No, gracias…

La joven fue a subir y su pie derecho resbaló.

Hubiese caído una vez más en el suelo si Tony no la hubiese atrapado por la cintura.

Los dos quedaron muy juntos.

—¿Quiere soltarme, señor Williams?

Él la estaba mirando muy fijamente a los labios rojos y húmedos.

De pronto, se inclinó sobre ella y la besó.

Ella le pegó con el puño cerrado en el pecho y Tony se apartó.

—Lo que acaba de hacer es un atropello, señor Williams.

—Lo siento, pero fue cosa del instinto.

—Sus instintos son muy primitivos, señor Williams.

Moira subió al pescante, poniendo mucho cuidado en no caer y, una vez arriba, volvió la cabeza hacia Tony.

—¡Hasta nunca, señor Williams!

Tony sonrió viendo cómo el tílburi de la doctora Hilton se alejaba hacia Emporia.

CAPÍTULO X

Monty Coleman ya estaba limpio y afeitado.

Estaba sentado en un sillón, en el despacho de su padre, con un vaso de *whisky* en la mano.

Se sentía satisfecho de haber regresado al hogar.

Y sobre todo, se encontraba seguro.

Había protagonizado algunas aventuras desde que se marchó de Emporia.

Dio un suspiro pensando en las mujeres que había conocido.

Hilda fue única. Algo verdaderamente sensacional. Pero he aquí que a su regreso se había encontrado con la sorpresa de conocer una mujer mejor que Hilda. La doctora Moira Hilton.

Tendría que ir a la ciudad para estrechar relaciones con la doctora. Sí, eso era lo importante.

Tenía que desquitarse de muchas cosas.

De pronto, llamaron a la puerta y apareció uno de los criados, Coward.

—Señor Coleman, hay un hombre que pregunta por usted.

—¿Quién es…?

—Un forastero.

—Pero te habrá dicho su nombre.

Coleman vio aparecer junto al criado a Tony Williams.

—Soy yo, Monty…

Monty Coleman se había quedado helado de la sorpresa.

Reaccionó enseguida.

—¡Pero si es mi buen amigo Tony Williams!

Dejó el vaso sobre la mesa y, con los brazos abiertos, se dirigió hacia Williams.

—¿Cómo estás, muchacho…?

—La mar de bien.

Tony miró al criado y entonces Monty dijo:

—Coward, puedes irte.

EL criado salió, cerrando la puerta a su espalda.

Entonces, Tony Williams estrelló su puño en la cara de Monty.

El hijo del ranchero se derrumbó en el suelo, dando una vuelta de campana.

Tony Williams lo siguió con rapidez.

Monty se puso de rodillas y se lanzó de cabeza sobre Tony.

Logró pegarle un cabezazo en el plexo solar y cayeron los dos.

Tony pegó un zurdazo en la cara de su rival y éste se alejó estrellando la cabeza contra la pata de una mesa.

Quedó semiinconsciente.

Tony se levantó y atrapó a Monty por el cuello de la camisa.

—Te voy a arrancar la piel…

—Cuidado, Tony, soy un hombre indefenso.

—¿Indefenso?

—Como un auténtico bebé…

—Si tú eres un bebé, yo soy Abraham Lincoln.

Coleman se echó a reír.

—¡Entonces, señor presidente, espero su benevolencia!

—No puedo tenerla contigo…

—Eh, ¿qué te pasa, Tony?

—¿Te atreves a preguntarlo? Asesinaste a aquella muchacha…

—¿De qué hablas, Tony…?

—No te hagas de nuevas. Sabes bien de qué hablo. Trajiste a mi habitación del hotel a Bárbara para que nos corriésemos una gran juerga.

—Oh, sí, ya recuerdo… Buena chica aquella Bárbara, ¿eh…? Apuesto a que te divertiste con ella de lo grande.

—Sí, mucho, no te lo puedes imaginar.

—Lo celebro. Sabía que tú y ella os entenderíais.

—Ya basta, o te echo las muelas abajo.

—Pero, Tony, no te comprendo.

—Me dejaste sin conocimiento, pegándome con el revólver en la cabeza.

—¿Eso hice? Oh, no, no es posible… Tú eres mi amigo… ¿Cómo iba a hacer yo una cosa así?

—Estabas borracho…

—Bueno, pero tú también lo estabas.

—Te repito que me dejaste sin conocimiento y cuando desperté, el marshall y un montón de gente estaban en mi habitación.

—¿No estaba Bárbara contigo?

—Sí, tú sabes perfectamente bien que Bárbara tenía que estar conmigo, porque tú la mataste… La ahogaste en el cubo.

Monty parpadeó como si no tuviera nada que ver con aquello.

—Tony, eso es horrible… Pero te aseguro que cuando yo salí de allí, ella y tú estabais vivos… Ahora recuerdo que te golpeé. Estaba furioso, pero no me di cuenta de lo que hacía… Fue por culpa del maldito *whisky*. Y me imagino lo que ocurrió después.

—¿Qué cosa?

—Reñiste con la chica y sin darte cuenta…

—No continúes, maldito… ¡Fuiste tú…!

—Eh, muchacho, recuerda que tú también te emborrachaste… ¿Por qué iba a ser yo?

Tony lo abofeteó en la cara.

Monty hizo rechinar los dientes.

—Te estás excediendo, Tony.

—Vas a venir conmigo.

—¿Adónde?

—A Jefferson City…

—Oh, no…

—Sí, Monty, vas a venir conmigo y te declararás culpable.

—Tú estás chiflado…

—Te he seguido durante muchas semanas y ya te he atrapado.

—Espera un momento. Hay algo que no comprendo, Tony.

—¿Qué es lo que no entiendes…?

—A ti te pillaron con las manos en la masa.

—Porque tú lo preparaste todo…

—Dejemos eso ahora. Te encontraron en la habitación con esa chica muerta. ¿Quieres decir que convenciste al marshall de que fui yo?

—No, no pude lograrlo… Tuve que escapar.

Monty sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Vamos a beber un vaso de *whisky*… Creo que los dos lo necesitamos después de esta pelea.

Tony guardó silencio mientras Monty escanciaba *whisky*.

Coleman entregó un vaso a Tony y sonrió diciendo:

—Por el reencuentro de dos viejos camaradas.

Tony bebió en silencio.

Monty, después de apurar toda su ración, hizo chascar la lengua.

Al fin y al cabo, no tenemos por qué preocuparnos.

—¿Tú crees?

—Estás a salvo, Tony.

—No opino lo mismo que tú.

—Estás muy lejos del condado de Jefferson City y apuesto a que no saben que estás aquí…

—No es ésa la cuestión.

—¿No…? ¿Y cuál es?

—No quiero ser un fugitivo.

—Parece el título de una canción.

—No gastes bromas con eso…

—Oye, en la vida hay que ser práctico. ¿Estás de acuerdo conmigo, Tony?

—Sí.

—Debes ser imparcial, entonces. Los dos estábamos borrachos y no podemos saber cuál de los dos mató a la chica.

—Yo no fui, tuviste que ser tú…

—¿Y si ella se suicidó?

—No digas imbecilidades… Nadie se mata metiendo la cabeza en un cubo.

—A lo mejor le dio un ataque al corazón y cayó dentro…

—Otra tontería.

—Otra hipótesis. Yo salí de la habitación y los dos estabais vivos. Mientras tú te encontrabas sin conocimiento, alguien pudo entrar y matar a la chica… Apuesto a que te agrada más.

—No, Monty, no me gusta nada.

—¿Qué defecto le encuentras…?

—Que no sería la verdad… Recuerdo cuando cogiste a la chica y la apartaste de mí, estrellándola en la pared… Le pegaste en la cara, yo fui a defenderla y entonces me golpeaste con el revólver… Te recuerdo muy bien. Tu cara era la de un loco.

Monty se puso muy serio.

—¡No digas eso! ¡No consiento a nadie que me llame loco…!

—Ahora tu cara es como entonces.

—¿Eh…?

—Me odias con todas tus fuerzas.

Monty respiró entre jadeos, inclinado hacia adelante, los puños cerrados.

—Sí, es posible que te odie, porque estás haciendo una montaña de una nadería.

—¿Cómo puedes decir eso…? ¡Mataste a una mujer!

—¡Todavía no he confesado que matase a nadie!

—Lo harás…

—¡Escucha, pedazo de idiota! ¡Ella era una girl…! ¿Lo oyes…? ¡Una girl…!

—No te pares y continúa.

—Hay muchas mujeres como ella. Te asombrarías si supieses el número de éstas que mueren todos los días… Sí, Tony, mueren de enfermedades, de un botellazo en la cabeza, por un cuchillazo… Muy bien, Bárbara no murió de esa forma, sino con la cabeza metida en un cubo de agua… ¿Qué importa la clase de muerte…? A uno le llega la hora y se acabó. Eso es lo único que interesa.

—Me das lástima…

—¿Qué dices…?

—¡Lo que oyes! ¡Me das pena…! Ahora te comprendo un poco mejor. Eres un tipo engreído, Monty Coleman… No sé qué razón tuviste para llegar a Jefferson City, sin un solo centavo… Eres rico, tienes un gran rancho…

Monty se puso a silbar.

—¡Cállate o te rompo la cara…! —gritó Tony—. ¡Estoy hablando yo…!

—Me puse a silbar porque ya te conozco como si fuera tu padre.

—¿Tú crees…?

Monty había cambiado de actitud. Se acercó a Williams y le palmeó la espalda.

—Muchacho, yo me voy a ocupar de ti… Pasarás una temporada con los Coleman, unos tipos ricos… Comerás y beberás con nosotros. Ah, y tendrás una cama con sábanas limpias todos los días… Puedes quedarte todo el tiempo que quieras y el día que se te ocurra marcharte, te llevarás una buena bolsa…

—¿Cuánto?

—¿Hacen quinientos dólares?

—No está mal para comprar el silencio de un cómplice.

—Olvida esto.

—¿Por qué me ibas a dar quinientos dólares?

—Porque me hago cargo de que eres un fugitivo y no quiero que te atrapen… ¿Está bien contestado?

—No, Monty, conmigo no cuela… Podías haberme engañado antes, pero ya perdiste todas tus posibilidades… te guste o no, vendrás conmigo a Jefferson City.

Monty retrocedió dos pasos.

—Eres más estúpido de lo que yo creía. Te estoy ofreciendo lo que es bueno para los dos.

—Monty, te voy a conceder un plazo.

—¿Qué quieres decir?

—Mañana, a las ocho, te espero en el hotel Minerva, de Emporia. Estaré allí alojado… En cuanto aparezcas, nos iremos a Jefferson City.

—¿Y qué pasará si no voy?

—Vendré a por ti.

—Y supongo que, si te ofrezco resistencia, sacarás el revólver…

—Eso va a depender de ti.

—¡Lárgate, Tony!

—Sí, ya me voy.

—¡Y oye otra cosa! —dijo Monty vociferando—. ¡Será mejor que te olvides de mí! ¿Lo entiendes…?

Tony empezó a retroceder sin dar la espalda a Monty. Tenía la mano cerca del revólver.

—¿Acaso piensas que te voy a balear a traición, Tony?

—Te he dicho antes que no me engañarás por segunda vez.

Monty se echó a reír, estremeciendo los hombros.

—Eres un tipo ridículo… Sí, Tony Williams, el tipo más ridículo que he conocido en mi vida…

Tony Williams salió del despacho y cerró la puerta.

Monty continuó riendo.

La puerta se abrió de nuevo y creyó que era otra vez Tony.

Sin embargo, se equivocó. Era su padre.

—¿Quién era ese hombre, Monty?

—Un conocido.

—¿Qué quería…?

—Pasaba por aquí y vino a verme.

—¿Por qué mientes, Monty?

—No te entiendo, papá.

—Oí vuestra conversación.

—Papá —sonrió Monty—. ¿No sabes que está feo escuchar detrás de las puertas…? Parece mentira en ti, que te has pasado la mayor parte de mi vida corrigiéndome…

Barton Coleman echó a andar hacia su hijo, los puños apretados, el rostro lívido.

—Monty, ¿es cierto lo que él dijo, que mataste a una girl en Jefferson City?

—Papá, ¿cómo puedes creer eso de mí?

—No has contestado a mi pregunta.

—¡No, maldita sea, no la maté!

—¿Por qué te acusa, entonces?

—No seas ingenuo, padre. Me acusa por la sencilla razón de que él es el culpable… ¿No le oíste decir que se ha convertido en un fugitivo de la justicia…? Necesita a alguien que pague por él… ¿Ves qué sencillo?

—No lo es para mí.

—¿Por qué no? Sólo falta ahora que digas que crees culpable a tu hijo en vez de a él.

—Si él fuese el autor, ¿por qué se ha detenido aquí? ¿Por qué no ha continuado su huida?

—También lo dijo. No quiere seguir siendo un fugitivo toda su vida. Y si me entrega a mí en Jefferson City, se habrán terminado sus quebraderos de cabeza. —Monty echó a andar hacia la puerta—. Pero no te preocupes, padre, yo sabré arreglármelas.

—¿Dónde vas?

—Al pueblo.

—¿Y cómo vas a arreglarlo?

—A mi manera.

—¡Pregunté cómo! —gritó Barton fuera de sí.

—Padre, al hombre que estranguló a esa mujer lo van a ahorcar si cae en manos de las autoridades de Jefferson City. Soy yo quien debe hacerte a ti una pregunta… ¿Quieres que tu hijo suba al patíbulo…?

Permanecieron un rato mirándose fijamente.

Por último, Barton Coleman bajó la cabeza con gravedad y hundió la barbilla en el pecho.

—Papá —dijo Monty—. Confía en mí. Ya sé ir por el mundo… ¿Te acuerdas…? Es eso lo que tú querías, y te aseguro que puedes estar satisfecho porque lo conseguiste.

Inmediatamente, Monty Coleman abandonó su casa.

CAPÍTULO XI

Tony Williams entró en el restaurante Clark. Desparramó la mirada por el local para elegir una mesa y sus ojos tropezaron con la doctora Hilton, que estaba comiendo a solas.

Se dirigió hacia ella y dijo:

—¿Qué tal su baño?

Ella levantó la mirada.

—¿Usted otra vez?

—Ya veo que se limpió la cara.

—Señor Williams, le voy a hacer un ruego.

—Diga.

—Apártese de mí, cuando lo he tenido cerca, no han dejado de ocurrirme desgracias.

—¿Es usted supersticiosa?

—No, no lo soy —repuso ella y, al tratar de coger el tenedor, volcó el vaso de agua.

—Cuidado, se va a bañar otra vez —dijo Tony.

Pero ya era demasiado tarde. El agua había caído encima de la falda de la joven.

Su silla salió despedida y se interpuso en el camino de una señora de cincuenta años. Ésta no pudo evitar el proyectil y se derrumbó en el suelo lanzando un aullido.

Tony se acercó rápidamente a la señora de cincuenta años y la levantó.

—Perdone, señora…

—Dios mío, creí que era un terremoto.

Un hombre barrigudo llegó ante la mujer y se la llevó del brazo.

—Pero, Ruth, ya te he dicho que has de tener cuidado.

Tony regresó junto a la joven, cuyo rostro estaba blanco como el

yeso.

—¿Lo ha visto usted, señor Williams? —dijo con los dientes apretados.

—Sí, he notado que la pongo nerviosa.

—Exacto, señor Williams, me pone muy nerviosa, de modo que será mejor que se aleje de mí cuanto antes.

—Sí —dijo Tony y se sentó en la mesa de al lado.

—¿Eh, qué hace ahí?

—Ya lo ve, me dispongo a comer.

—¿Por qué tiene que sentarse tan cerca de mí?

—Porque esta mesa está libre y yo puedo elegir la que quiera.

La joven fue a replicar de nuevo, pero debió pensar que Tony Williams tenía razón.

Hizo un gesto hosco y volvió a ocupar la silla.

Los dos se daban la espalda.

Llegó un camarero de bigote espeso y ojos saltones y Tony le hizo el encargo de lo que iba a comer.

De pronto, a Moira Hilton se le cayó el salero y Tony quiso cogerlo al mismo tiempo que ella. Se golpearon la cabeza.

Moira lo miró con ojos llameantes.

—Señor Williams, ésta es mi mesa y ésa es la suya.

—Sí, eso es verdad.

—Haga el favor de no importunarme.

—Sólo quería ayudarla a coger el salero.

—El salero pertenece a mi mesa y yo tengo manos…

—Y muy bellas, por cierto.

Entonces Moira se dio cuenta de que él le estaba sujetando la mano desde que chocaron la cabeza.

—Por favor, ¿quiere devolverme mi mano?

—Cómo no, es suya…

La joven cogió el salero y lo depositó sobre la mesa con un golpe.

El camarero trajo el primer plato a Tony y preguntó a Moira.

—¿Qué va a tomar de postre?

—Pastel de manzana.

—No tenemos, pero lo hay de chocolate. Está riquísimo, se lo aconsejo, doctora… La alcaldesa acaba de despachar cuatro raciones.

—Está bien, tráigame pastel de chocolate. Pero, por favor, sólo una ración.

—Como usted quiera, doctora.

El camarero se marchó hacia la cocina.

La joven, mientras tanto, se puso a tabalear con los dedos sobre la mesa. Seguía estando nerviosa.

Oyó la voz de Tony Williams.

—¿Me permite?

Volvió la cara hacia él.

—¿Qué le pasa ahora, señor Williams?

—Mi servilleta.

—¿Cómo?

—Se quedó con ella cuando le devolví la mano.

—Creo que está usted en un error.

—¿Quiere usted comprobarlo, doctora?

Moira tomó la servilleta que tenía sobre su falda y vio otra debajo.

La entregó a Tony cerrando los ojos.

—Tome su servilleta y cuídela mejor.

—Gracias.

El camarero llegó con la ración de pastel de chocolate.

—Mírelo, señorita… Está diciendo comedme. Seguro que repetirá.

Tony Williams intervino:

—Debe comer una sola ración o engordará.

—¿Quién le manda meterse en esto? —dijo Moira, esta vez sin volver la cabeza—. Soy doctora y sé perfectamente lo que engorda y lo que adelgaza.

—Oh, sí, lo había olvidado.

—Si yo estuviese en su lugar, me limitaría a hablar sólo de lo que sé.

—Ya le he pedido disculpas. Y ahora permítame que le de una mala noticia.

—Guárdesela. No me interesan las malas noticias.

—Es respecto a su brazo.

—¿Qué le pasa a mi brazo?

—Lo ha metido en la ración de pastel.

Moira dio un salto y levantó su brazo.

Efectivamente, la manga estaba llena de chocolate.

—Señor Williams, ¿quiere hacerme un favor?

—Claro que sí.

—¡Métase bajo tierra!

La joven había gritado tanto que llegó el camarero corriendo.

—Vaya, le ha gustado el chocolate, ¿eh? Ya se lo dije… ¿Otra ración?

—Sí, por favor.

—Enseguida la traigo.

Cuando la joven se quedó sola, tomó la servilleta y, disimuladamente, se limpió la manga.

El camarero llegó sonriente.

—Al rico chocolatito… Le advierto que todavía quedan una docena de raciones…

—No, con ésta basta.

—¿Está segura?

—¡Le digo que me basta!

—Como usted quiera.

El mozo se volvió a marchar para atender a una mesa de donde lo llamaban.

Moira inspiró profundamente.

—Espero que esta vez no haya nada que me impida comer mi pastel de chocolate.

—¿Decía usted algo? —preguntó Tony, volviéndose.

—A usted no le decía nada —dijo ella, girándose también.

Pero lo hizo con tan mala fortuna que enganchó el mantel. El plato con el chocolate le cayó, sobre la falda.

Cerró los ojos y gimió:

—Señor Williams, ¿es que no tiene compasión de mí?

—Desde luego, y para demostrárselo le voy a pedir otra ración de chocolate.

El camarero llegó dando saltos.

—¿Chocolate…? ¿Ha dicho alguien chocolate?

—Sí. Pero no es para mí. Es para la señorita.

El camarero agitó el dedo delante de la cara de la doctora.

—Es usted muy golosa, señorita Hilton, y vaya que lo disimulaba… Ya que le invita el caballero ¿por qué no deja que le traiga dos raciones de golpe?

—Cuatro.

—¿Cómo ha dicho?

—Cuatro raciones como la alcaldesa.

—Está bien, pero si se le indigesta tendrá que echar mano del bicarbonato.

El camarero marchó muy contento hacia la cocina.

Moira aprovechó aquella pausa para desembarazar su falda del chocolate y envolverlo en la servilleta.

—Señor Williams…

—¿Algún otro favor?

—Sí, déjeme su servilleta.

—Desde luego.

Tony se la dio y ella continuó haciendo su trabajo de limpieza.

—Le puedo conseguir otra servilleta.

—No, no quiero que se mueva… Ya estoy harta de catástrofes.

En aquel momento pareció ocurrir una de aquellas catástrofes.

Un hombre que pasaba por aquel lado tropezó con la pierna de Tony, ya que éste estaba vuelto hacia la joven.

El individuo dio un traspié y se vino abajo.

Moira dio un grito.

El hombre se levantó. Era alto, de cejas espesas y hocico saliente.

—Se cree muy gracioso, ¿eh?

—¿Se refiere a mí? —dijo Tony.

—¿A quién si no? Me puso la zancadilla.

—Perdone, pero yo no le puse la zancadilla.

—Encima tiene la desfachatez de negarlo.

—Yo sólo estaba hablando con la señorita. Admito que tenía el pie un poco salido de la mesa. Pero usted lo pudo ver perfectamente y evitarlo.

—De modo que yo tengo la culpa…

—Digamos que ninguno de los dos fue el culpable.

El camarero llegó con una bandeja en la que estaban los cuatro pasteles de chocolate.

—Sus raciones, doctora…

Puso los platos sobre la mesa, uno tras otro, en fila india.

El hombre que había tropezado con el pie de Tony se acercó a éste.

—Quiero que me pida perdón.

—Ya le pedí disculpas.

—He dicho perdón, pero lo hará de la forma que a mí me gusta.

—¿Y cuál es la que le agrada a usted?

—De rodillas…

—No me diga…

—Ya lo ha oído, me pedirá perdón de rodillas y lo dirá fuerte para que lo oigan todas las personas que están aquí.

Tony convirtió sus ojos en rendijas.

No le gustaba aquel tipo.

Pensó que podía estar loco, pero luego recordó por qué había ido a Emporia. En busca del asesino de Bárbara Russell, la girl de Jefferson City.

—¿Quién le paga, amigo?

—No sé de qué me habla.

—Alguien le pagó para que hiciese ese trabajo.

—Sigo sin entenderlo.

—Yo le diré el nombre del que le dio el dinero para que viniese aquí a comprometerme. Es Monty Coleman.

—Sé quién es Monty Coleman, pero no tengo nada que ver con él.

—¿Y cuál es su nombre?

—James Dobson, pero me llaman Silver… ¿Y sabe por qué…? Yo se lo diré. Porque al primer hombre que maté fui mi socio. Explotábamos una mina de plata.

—Está bien Silver… Su conversación fue muy distraída… Ahora, lárguese y déjeme en paz.

—Claro que sí, me iré cuando usted se ponga de rodillas y me pida perdón.

—Al parecer es una idea fija.

—Seguro.

—¿Y qué pasaría si yo no quisiese pedirle perdón?

—¿Quiere saberlo?

—Sí, claro.

—Muy bien, lo voy a matar…

Tony Williams esbozó una sonrisa.

—Me temo que va a tener que sacar el revólver, Silver.

—¿Es eso lo que decide…?

—Sí, porque no me voy a poner de rodillas ni a pedirle perdón.

—Será peor para usted, muchacho. Se lo aseguro, mucho peor para usted…

—Vamos a verlo.

Tony empezó a incorporarse y Moira le puso una mano en el hombro.

—Señor Williams…, por lo que más quiera, pídale perdón —bajó la voz—. Estoy segura de que este hombre es un desequilibrado.

—No, Moira. Sólo es un asesino, aunque quizá tenga perturbadas sus facultades mentales. Pero ya le ha oído, él sólo vino a matarme.

—¿Le parece poco?

—Estas cosas ocurren con frecuencia. Y ahora, apártese…

Silver Dobson había empezado a retroceder, las manos colgando a lo largo de sus costados.

Tony se quedó quieto, dejando caídos también los brazos.

—¿Está seguro de que no quiere rectificar, amigo? —dijo Silver.

—No, porque es usted quien debe hacerlo.

—Usted es de los tipos que no sabe lo que le conviene.

—Eso no hay nadie que lo sepa. ¿O es que tiene una bola de cristal?

—Sí, tengo una.

—¿Y qué vio en ella?

—A usted, despatarrado en este restaurante —dijo Silver, y sacó el revólver.

Tony Williams también desenfundó.

En aquel momento se produjo un gran estruendo.

Moira dio un chillido y se derrumbó sobre la mesa, llevándose consigo los cuatro platos con pastel de chocolate.

Pero ahora ya no le importaba el postre, sino el resultado de aquel duelo.

Los revólveres se habían silenciado.

Se puso de rodillas entre las dos mesas y embadurnada de chocolate miró al lugar donde había visto por última vez a los dos hombres.

Los dos estaban tendidos en tierra, inmóviles.

El pecho de Silver Dobson sangraba por dos agujeros.

Y también sangraba Tony Williams.

—¡Señor Williams! —exclamó Moira, gateando hasta donde

estaba el joven.

Tony abrió los ojos y sacudió la cabeza.

Fue a levantarse, pero no pudo apoyar el brazo izquierdo.

—Vaya, ese tipo me alcanzó.

—No se mueva. Deje que le examine la herida.

Moira se inclinó sobre él y le observó el hombro.

—¿Le duele?

—Sí.

—Sin embargo, la bala salió. Tiene una herida de no mucha importancia. Pero aquí no le puedo curar.

Tony se echó a reír y ella lo miró asombrada.

—¿En dónde está lo gracioso?

—En usted… Parece un pastel.

La joven se miró llena de chocolate y también se puso a reír.

El camarero llegó con cara de asustado.

—Doctora Hilton, tengo malas noticias para usted… Lo siento, pero ya se terminó el chocolate.

Moira y Tony Williams rieron todavía más.

CAPÍTULO XII

Moira terminó de vendar el hombro de Tony Williams.

—¿Qué le debo, doctora?

—Nada.

—De ninguna manera, le tengo que pagar…

—Está bien; deme medio dólar…

Tony sonrió entregándole la moneda que había recibido de ella en la orilla del río.

Moira jugueteó con la moneda mientras decía:

—¿Por qué es enemigo de usted Monty Coleman?

—Tenemos una cuestión pendiente.

—Entiendo. Por una mujer.

—Sí.

—¿Quién es ella…?

—Una girl muerta…

—Oh, lo siento… ¿Novia de usted?

—No.

—Si no quiere hablar no hay necesidad de que lo haga —dijo ella, levantando la barbilla, aunque sentía muchas ganas de escuchar la historia que Tony le pudiese contar.

Estaban en la habitación de él, en el hotel Minerva.

—Será mejor que se marche, doctora.

—¿Por qué dice eso?

—Ésta es la habitación de un hombre, y usted ha de ejercer en este pueblo, ya sabe cómo son las personas.

—A mí me tiene sin cuidado eso. Soy médico y puedo entrar en las habitaciones de los hombres.

—De todas formas, no le conviene estar cerca de mí.

—Entiende. Cree que Monty Coleman va a repetir su intento

enviándole a otro asesino.

—Es posible, o quizá Monty Coleman se decida a mandármelos de cinco en cinco…

—Entonces, usted no tendría salvación.

—Quizá.

—¿Cómo puede quedarse tan tranquilo…? Usted debe marcharse inmediatamente, señor Williams.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque tengo que solucionar mi problema aquí, en Emporia.

—Cuénteme su historia —dijo Moira, sin poder resistir la curiosidad.

—No le conviene oírla.

—Soy yo quien decide si me conviene o no una cosa.

—No se haga la valiente conmigo.

—Señor Williams, está usted solo y ellos son los Coleman. Tienen mucha gente a su disposición… Ya lo ve, le enviaron a un pistolero. ¿Qué pasaría si lo matasen…?

Tony hizo chascar la lengua.

—Sencillamente, que Monty se saldría con la suya.

—Por eso necesita usted un confidente, para que le hagan justicia.

—¿Se atrevería usted a enfrentarse con ellos?

—Claro, y no se trata de que me haga la valiente. Cuando considero que algo es justo, lo defiendo hasta el fin.

Tony sonrió mientras se tironeaba del lóbulo de la oreja.

—Está bien —dijo—. Le diré cómo pasaron las cosas.

Seguidamente hizo el relato de su aventura en Jefferson City.

Cuando hubo terminado, Moira dijo:

—Tal como usted expone los hechos, está claro que Monty Coleman mató a esa mujer.

—Yo no tengo la menor duda.

—He oído hablar de Monty Coleman. Es un joven irresponsable. Aquí ha hecho cosas reprobables. Me he enterado de que no cuenta con ninguna simpatía en la comarca. Pero al propio tiempo, todo el mundo lo respeta, porque es el hijo de Barton Coleman…

—Sí, ya supongo que ser hijo de un padre rico y poderoso, proporciona muchos beneficios…

En aquel momento llamaron a la puerta de la habitación.

Tony sacó el revólver.

—¿Quién es?

—El marshall.

—Puede pasar, marshall.

Burt Denning, el representante de la ley en Emporia, entró en la habitación.

Al ver a Moira se quitó el sombrero.

—¿Cómo está, doctora Hilton?

—Vine a curar a Tony Williams…

—Sí, ya me han contado el duelo que sostuvo el señor Williams con Silver Dobson en el restaurante de Clark —el marshall hizo una pausa y clavó sus ojos de acero en la cara de Tony—. Señor Williams, ésta no es una ciudad fronteriza.

—Le agradezco que me de la noticia.

—Aquí se respeta la ley.

—Enhorabuena.

—¿Intenta ser irónico?

—Sí, marshall… ¿Y sabe por qué…? Porque ese hombre que tumbé en el restaurante de Clark vino por mí.

—¿Qué quiere decir?

—Que entró en el restaurante para matarme.

—Oh, sí… Usted y él se debían conocer y decidiera arreglar una deuda en nuestra ciudad.

—No, marshall, no fue eso.

—No hace falta que continúe, señor Williams. Ya hablaremos en mi oficina.

—¿En su oficina?

—Lo he de detener.

—¿Por qué?

—Porque mató a un hombre.

—Lo hice en defensa propia.

—Oh, sí, desde luego, por eso tendrá que ser objeto de una investigación.

La doctora Hilton dijo:

—Si ya empezó su indagación, póngame como primer testigo.

—¿Usted, doctora?

—Yo estaba comiendo al lado del señor Williams en el

restaurante de Clark. Lo presencié todo… El señor Williams sólo es culpable de defender su vida, como él dice. Ese hombre, Silver Dobson, fue solo allí para comprometerlo.

Moira contó la escena entre Silver Dobson y Tony Williams.

El marshall escuchó en silencio. Parecía un poco desconcertado.

—Bueno, tengo que admitir su palabra, doctor Hilton. Pero ¿por qué Silver Dobson va a matar al señor Williams, si no se conocían?

—Monty Coleman contrató a Silver Dobson —dijo la joven.

El marshall sacudió la cabeza.

—Ésa es una grave acusación, doctora.

—Es la verdad.

—Imagino que es lo que le ha dicho el señor Williams.

—Sí.

—Entonces, no ha de ser necesariamente la verdad —miró otra vez a Tony—. Williams, no me gusta nada este juego, absolutamente nada…

—¿Qué puedo hacer yo por usted?

—Marcharse de aquí cuanto antes.

—Me iré mañana.

—No, mañana no, se tiene que marchar ahora.

—Ha de ser mañana, marshall.

—¿Por qué?

—Porque Monty Coleman tiene que viajar conmigo hasta Jefferson City. Le di un plazo que termina mañana a las ocho.

El marshall arrugó la nariz.

—¿Usted amenazó a Monty Coleman?

—Sí.

El marshall se echó, a reír.

—Eso es muy difícil de creer. Monty no se ha dejado mojar la oreja por nadie desde que aprendió a andar… Señor Williams, voy a hablar con Monty Coleman sobre todo esto. Mientras tanto, puede permanecer en la ciudad. Pero me temo que tendrá que abandonarla muy pronto. Quizá antes de mañana.

El marshall se puso el sombrero y salió de la habitación.

La joven dijo sonriente:

—Bueno, parece que las cosas se le empiezan a arreglar.

—Siento defraudarla en sus esperanzas. Si se refiere al marshall, no se va a solucionar absolutamente nada.

—¿Por qué dice eso?

—Porque el marshall se pondrá al lado de Monty.

—Si fuese así, habría aprovechado la oportunidad para detenerlo.

—No ha podido hacerlo, gracias a usted. Su declaración le dejó sin argumentos. —Tony tomó a la joven por el brazo y la llevó hacia la puerta—. Y ahora, gracias por todo y adiós.

—Eh, ¿por qué me echa?

Se detuvieron y él dijo:

—Soy un barril de dinamita, Moira. Puedo saltar en cualquier momento y no quiero que la explosión le alcance a usted.

—Tiene que haber algún modo de arreglar esto.

—Sí, con el revólver.

—No puede hablar así… Hemos quedado en que está en minoría y además con un hombro herido.

—Es el izquierdo y yo tiro con la derecha.

—Creo que es usted un fanfarrón.

—Todo hombre lo es —dijo él—. Y ahora, márchese…

—No me gusta que me despidan de esta forma.

—Oh, sí —dijo él, y la besó en los labios.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Despedirla con un beso, como a mí me gusta.

Ella parpadeó confusa.

—Es usted un tipo la mar de extraño. Pero no es culpa suya, sino mía.

—¿A qué se refiere?

Ella dio un suspiro y dijo:

—Está bien, se lo diré. Nunca supuse que me gustaría tanto el beso de un hombre.

Dicho esto, la joven salió de la habitación y cerró de golpe la puerta.

Tony Williams se echó a reír.

Monty Coleman estaba sentado en la silla que le correspondía al marshall de Emporia. Éste paseaba por la oficina.

—No me gusta nada esto, Monty…

—Usted cierre los ojos y lo demás corre de mi cuenta.

—He cerrado muchas veces los ojos para tus cosas. Pero pude hacerlo por una razón. Yo te diré cuál. Porque no fallaste.

—Esta vez tampoco fallaré…

—¿No…? ¿Y qué fue lo que hizo Silver Dobson?

—Sólo fue un pequeño error. Eso es muy humano, ¿no le parece, marshall?

—Ese tipo parece duro.

—Lo es. En Jefferson City vi cómo metía cinco balas en un naipe. Una en cada esquina y la última en el centro.

—No…

—Sí, marshall… Parece increíble, pero es cierto.

—Has debido comprarlo con dinero.

—Ya lo intenté, pero no sirvió.

—¿Y qué es lo que se te ocurre ahora?

—Ya lo tengo pensado.

—¿Qué cosa…?

—A un hombre como Tony Williams sólo se le puede matar de una forma, por la espalda.

Monty Coleman se levantó de la silla y se fue hacia la puerta.

—Monty…

—¿Qué quiere, marshall…?

—Yo no he oído nada.

—Oh, sí, ya sé que es duro de oído…

—Ten en cuenta que la doctora está de su parte.

Monty se quedó muy serio, pensativo.

—No se preocupe, la doctora se pasará a mi lado en cuanto yo le chasque los dedos delante de la nariz.

El marshall se echó a reír.

—Sí, en eso reconozco que no tienes rival. Chica en la que pones el ojo, pieza que cobras…

—Gracias, marshall. Eso me eleva la moral.

Monty salió de la oficina del representante de la ley y se encaminó hacia el saloon.

De pronto oyó una voz:

—Señor Coleman…

Miró al otro lado de la acera y vio a Moira Hilton.

Él cruzó a la otra parte y se tocó el ala del sombrero.

—Tenía la corazonada de que me iba a encontrar con una agradable sorpresa, pero no sabía con cuál.

—Necesito hablar con usted, Monty…

—Eso es maravilloso. Pero dígame cuál va a ser el tema…
—Tony Williams.
Monty palideció mientras en sus ojos aparecía un brillo intenso.

CAPÍTULO XIII

—Doctora Hilton, creo que hay un tema mucho más interesante que Tony Williams… Podemos hablar del amor y creo que será mucho más provechoso para los dos.

Estaban en la heladería de la señora Tracy. Las mesas estaban separadas unas de otras por paneles de madera.

En algún lugar una mujer reía.

—Señor Coleman, sigo queriendo hablar de Tony Williams.

—Está bien. ¿Qué tiene que decirme?

La joven se interrumpió porque la señora Tracy llegó con dos copas de helado.

Cuando de nuevo quedaron a solas, Monty se puso a comer su helado y Moira dijo:

—Es preciso que el señor Williams y usted vayan a Jefferson City.

Monty probó el helado y dijo:

—¿Sabe que está muy bueno…? No hay nadie como la señora Tracy para hacer esta clase de copas… Si no le gusta la cereza, me la da.

—¿Es que no me ha entendido, señor Coleman?

—Sí, la he oído bien —contestó Monty sonriendo—. Y la respuesta es no.

—¿Por qué no…? Usted no tiene nada que temer si dice la verdad, que Tony Williams fue quien ahogó en el cubo a la girl.

—¿Por qué se interesa tanto por Tony?

La joven se quedó con la boca abierta, pero no pronunció palabra alguna.

Monty continuó comiendo su helado.

—No ha contestado a mi pregunta, señorita Hilton. ¿O es que le

da vergüenza decirlo?

—No le consiento que…

—¿Quizá se ha enamorado de él…?

—Ésa no es la cuestión…

—Vaya, parece que puse el dedo en la llaga… ¿Se enamora usted con tanta facilidad, señorita Hilton…? ¿Cuántas veces vio a Tony…? ¿Una, dos…?

—No es de su incumbencia.

—Lo es.

—¿Por qué?

—Porque usted me gusta.

Monty Coleman levantó los ojos del helado y los clavó en el bello rostro de la doctora.

—Me siento muy halagada, señor Coleman.

—Gracias. Le falta saber otra cosa.

—Termine, ya que ha empezado.

—Cuando una mujer me gusta, no descanso hasta que me pertenece…

—¿Habla en serio?

—Absolutamente.

—¿Quiere decir que yo le voy a pertenecer?

—Sí.

Ella se echó a reír.

—¿Sabe lo que me parece usted, señor Coleman?

—Hable usted ahora.

—El ser más ridículo y pretencioso…

Los ojos de Monty Coleman parecieron oscurecerse.

—No se burle…

Ella continuó riendo.

Él pegó un puñetazo en la mesa.

—¡He dicho que no se burle!

Moira quedó seria.

—Muy bien, señor Coleman, pero no vuelva a decir una cosa tan chistosa como ésa… Se lo diré de una vez por todas… Usted no me gusta a mí y, por lo tanto, no le voy a pertenecer…

—Eso ya lo veremos.

—Habla como un loco…

Monty tenía la cucharilla del helado en la mano. Sus dedos

presionaron sobre ella y la dobló.

—No me asusta con sus gestos —dijo Moira—. Y ahora me está demostrando una cosa. Que Tony tiene razón. Sólo usted pudo ser el asesino de la muchacha de Jefferson City.

Monty se echó sobre la doctora Hilton y la atrapó por el cuello.

Ella fue a gritar y él susurró a su oído.

—No grite o la estrangulo… Tiene un cuello muy fino… Una suave presión y se lo troncho…

—Está bien, señor Coleman… Suélteme… Me marcharé.

—No —susurró él—. No quiero que se vaya. Me gusta que esté cerca de mí… Especialmente, ahora que estamos así, tan juntos… Su carne es tibia.

—Déjeme, por favor…

—No está enamorada de Tony. Sólo me quiere a mí.

—No…

—Vamos, Moira, yo soy Monty Coleman, un hombre a quien todas las mujeres encuentran simpático y agradable.

—Váyase con una de sus admiradoras.

—Yo no quiero a nadie… Te quiero a ti…

—Por favor, señor Coleman…

—Quiero que repitas conmigo: «Estoy enamorada de Monty».

—No puedo decir eso, porque no es verdad…

—Lo vas a repetir, condenada… ¿Lo oyes bien…? Repite conmigo: «Estoy enamorada de Monty».

—Sí.

—Venga, empieza…

—Estoy enamorada de Monty Coleman…

Moira comprendía que aquel individuo estaba loco. Sí, Monty Coleman tenía perturbadas sus facultades mentales. No podía ser otra cosa. Aquella actitud suya lo demostraba bien a las claras.

Ahora la besó en el cuello, debajo de la oreja.

Ella se estremeció.

La boca de Monty se fue deslizando por su piel, buscando sus labios.

—¡No…! —gritó la joven.

Monty le apretó más el cuello.

En aquel momento se oyó una voz.

—Déjala, Monty…

Monty Coleman se apartó de Moira como si tuviese puestas las manos en una plancha al rojo vivo.

Allí, delante de la mesa, estaba Tony Williams.

Moira respiraba sofocada.

—Ya pasó todo, Moira —dijo Tony—. Ven aquí.

La joven se deslizó de la silla y con cautela, mirando a Monty, fue hacia Tony.

Monty Coleman apretaba los maxilares.

—Vaya, miren a quién tenemos aquí —forzó una sonrisa—. Al niño bonito, al muchacho de la gran puntería, al tipo de los puños de acero, al hombre que las enamora…

—Monty, has de venir conmigo a Jefferson City.

—Ya te di mi respuesta…

—El marshall quiere que salga de la ciudad, y es mejor que tú y yo nos pongamos en camino inmediatamente.

—No, Tony, no voy a hacer eso. Yo me voy a quedar aquí… Y además te voy a decir otra cosa para que rabies… Me voy a quedar con Moira…

Monty Coleman se puso en pie.

—Aléjate, Moira —dijo Tony.

La joven se retiró hacia el fondo.

Monty sonrió irónico.

—Esto es demasiado pequeño para que saquemos el revólver.

—Sí, es cierto, aunque a mí no me gustaría sacar el revólver.

—Tú eres el que no me dejas otra solución. Tony.

—Piensa con la cabeza, Monty… Mataste a aquella mujer cuando estabas borracho… Es una circunstancia que tendrán en cuenta. Además, pudo ser un accidente…

—Sí, lo fue. Pero maté a otras personas y no fue por accidente.

—Existe otra razón para que no te lleven a la horca.

—¿Qué cosa…?

—No estás bien.

—Anda, dilo con las palabras justas. Repite lo que dijo antes Moira. Estoy loco…

—Sí, me temo que sí…

—¡Maldita sea…! No sé por qué te encontré simpático cuando te conocí en Jefferson City… Es curioso, pensé que ibas a ser el mejor amigo de mi vida… Creo que cometí la mayor equivocación… Pero,

ya basta de charla. Anda, sal… Nos enfrentaremos ahí fuera…

—No me gustaría matarte, Coleman.

—Yo soy el que te va a matar a ti.

—Recuerda nuestro duelo con los naipes.

—Una cosa son los naipes y otra muy distinta la piel de cada uno… Tira a matar porque yo te voy a apuntar al corazón.

Tony se ladeó para salir.

Monty desenfundó como una centella.

Pero Tony no había apartado sus ojos de él.

Se agachó ligeramente e hizo fuego.

Monty recibió el impacto en el pecho y, cuando disparó, ya había perdido la puntería.

Chocó contra la pared y allí quedó tieso.

Tony Williams hizo otro disparo y el revólver voló de la mano de Monty.

Coleman seguía en pie, aunque la camisa, a la altura del corazón, se estaba manchando de sangre.

Se oyeron pasos precipitados.

En el hueco aparecieron Barton Coleman y el marshall.

El ranchero se precipitó sobre su hijo.

—¡Monty…!

—En el suelo, papá…

Barton lo tendió en el suelo.

El marshall tenía el revólver en la mano, apuntando a Tony.

—Esto le va a costar el cuello, muchacho, se lo juro.

Monty movió débilmente la cabeza.

—No, marshall… Tony tuvo que hacerlo… Quise sacarle ventaja… Yo ahogué a la girl… en Jefferson City… ¿Lo oye, marshall? Tony es inocente…

Monty se estremeció arrojando una bocanada de sangre.

—¡Doctora…! —exclamó Barton—. Atienda a mi hijo.

—No, papá… La doctora ya no puede hacer nada por mí… Lo siento… ¿Recuerdas aquella vez que hice una de las mías…? Fue con aquel mexicano, cuando le quemé los pies… Dijiste que yo no era hijo tuyo, sino de Satanás… Tú tenías razón, padre…

Monty dobló la cabeza y expiró.

Barton Coleman apretó contra sí a su hijo, mientras sollozaba.

Tony Williams enfundó el revólver y salió con Moira de allí.

Al llegar a la calle, él la tomó de la mano.
Luego, los dos echaron a andar por la acera de tablones.

FIN